778

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ARBOL DEL PARAISO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1870.

17

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltesar, ó el ahijado de todo el mu
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huér
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.

EL ÁRBOL DEL PARAISO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Un embuste y una boda.
Todo son raptos.
Pedro el marino.
El cuello de la camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Tercera edicion.)
Rico... de amor.
Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Tercera edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La ínsula Barataria.
Punto y aparte.
¡En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Tercera edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.

EL ÁRBOL DEL PARAISO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada en el Teatro Español, el 24 de Diciembre de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

ADVERTENCIA.

Mucho tiempo hace que entre mis apuntes figuraba *El Árbol del Puraiso* como pensamiento para una comedia de costumbres. La lectura de una pieza francesa, en un acto, estrenada en Paris con escasa fortuna y bien diferente título el año 1855, me dió parte del plan y algunos de los caractéres. Al moldarlos á mi pensamiento han perdido de tal manera su nacionalidad, que me seria imposible determinar hasta dónde son franceses y desde dónde son españoles. ¿Es esta obra, aunque con pensamiento propio, absolutamente original? Ciertamente que no. Se la puede calificar de traduccion, refundicion ó arreglo? Creo que mucho ménos. Sin pecar de inmodesto, estimo que hay en mi obra lo suficiente mio para no llamarla agena. Cúmpleme, sin embargo, hacer estas aclaraciones ántes de que puedan hacérmelas como capítulo de cargos. Si *El Árbol del Paraiso* tuviera mal éxito, no la escudaria yo con aquella circunstencia. Por si le tiene bueno, debo declarar, que no todos los aplausos que el público tribute á esta obra, me pertenecen. Con los que buenamente me conceda la crítica me contento.

A LUISA, BENITA, LUZ Y JOSEFINA

ALVAREZ Y GUIJARRO.

Amigas mias: Cuando en este pais de las grandes ingratitudes, y en esta época de las grandes traiciones, no podeis ofrecer á vuestros futuros esposos siquiera un millon de dote cada una, á pesar de haber sido vuestro padre Ministro de la Corona unas veces, Presidente del Congreso otras, y hombre político siempre, dicho se está que ni él es de los hombres que hoy se usan, ni vosotras de las jóvenes que hoy se estilan.

Vuestra cristiana educacion y vuestras virtuosas costumbres, reflejo de la limpia vida de vuestros padres, os libran de necesitar la leccion que se desprende del *Árbol del Paraiso.* No os dedico, pues, esta comedia para enseñaros nada, sino para compensaros en parte del mal rato de haberla oido, y para daros una pequeña prueba de la cariñosa amistad que os profeso, y de la leal admiracion que os tributo. Dadme en cambio una de vuestras francas sonrisas, y con ella quedo pagado.

LUIS MARIANO DE LARRA.

669416

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA.....	Doña Matilde Diez.
CARLOTA.....	Doña Elisa Boldun.
GARCÍA.....	Don Manuel Catalina.
MARTINEZ.....	Don Florencio Romea.
AGUILAR.....	Don Juan Casañer.
UN CRIADO.....	» »

La escena en Madrid y en nuestros dias, en una casa del barrio de Salamanca.—La accion empieza á las diez de la mañana y concluye á las seis de la tarde del mismo dia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

«En las santas afecciones
»de la madre y de la esposa,
»para una mujer virtuosa
»hay bastantes emociones.
»Ser buena, honrada, sufrida
»y vivir con buena fama,
»para Dios, ¡ese es el drama
»verdadero de la vida!»

ACTO TERCERO.—*Escena última.*

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elarboldelparais28912larr

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada.—En el fondo, puerta grande, que da al jardin.—Cuatro puertas laterales.—Un secreter de señora, á la izquierda; butacas, etc.—Velador con un periódico.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, á poco un CRIADO.

ADELA. (Sentada al secreter, escribiendo y leyendo en voz alta lo que escribe.)
«Tamberlik cantó el *Otello*
»de una manera admirable.»
Qué más? ah!... «Anoche asistimos
»Diego y yo al último baile
»de los condes de Padilla;
»yo llevé un precioso traje
»grosella, con viso blanco,
»que oscureció á mis rivales.
»Adios, querida Enriqueta,
»siempre tuya... Adela Marquez.
»Postdata.—Hace quince dias
»que no veo por mis lares
»á nuestro amigo Aguilar;
»qué ha sido de él? tú lo sabes?»
(Deja de leer lo que escribe.)

Necia de mí! ¿quién, leyendo
estos párrafos triviales,
no adivina que la carta
está en la postdata?... Oh! ántes
que saber de esta manera
su estado desde aquel lance,
prefiero ignorarlo todo... (Rompe la carta.)

CRIADO. (Anunciando desde el foro.)
Don Luis Aguilar.

ADELA. Que pase!
(El Criado permanece en el foro esperando órdenes.)

ESCENA II.

ADELA, AGUILAR, por el foro; el CRIADO.

AGUILAR. (Con la mano izquierda metida en el pecho.)
Dispénseme usted, señora,
si al pasar estos umbrales
para ir á ver á su esposo,
me he detenido un instante.

ADELA. Gracias, Aguilar. (Al Criado.) Andrés,
ve si en el despacho hay álguien.

CRIADO. El señor bajó hace poco...

ADELA. Pregúntale si le es dable
ver á don Luis al momento. (El Criado se va.)

AGUILAR. Adela!... (Acercándose con interés.)

ADELA. (Con gravedad.) Una sola frase
y me retiro...

AGUILAR. Señora...
no tema usted un ultraje!...

ADELA. ¿Cuál mayor puede usté hacerme
que volver?

AGUILAR. Oh! no se enfade
usted así.—Aquí no hay nada
que no pase en todas partes.
(Ni me pregunta siquiera...)

ADELA. (No me atrevo ni á mirarle!)

AGUILAR. Si he tenido la desgracia
horrible de enamorarme
como un loco, como un niño,

de usted!

ADELA. (Interrumpiendo con gravedad.)
Aguilar...

AGUILAR. No es grave
el caso, puesto que usted
me rechaza inexorable!

ADELA. No basta eso! una imprudencia
de usted... su mismo lenguaje,
sus miradas persistentes,
pudieran interpretarse,
y yo quiero á mi marido...

AGUILAR. (Interrumpiéndola.)
Sí, ya lo sé; lo bastante
para importarle muy poco
mi suerte...

ADELA. Hay que chancearse!...
Pero, señor, ¿yo qué he hecho
para que usted no se canse
de perseguirme sin tregua?

AGUILAR. Qué es lo que ha hecho usted? no amarme!

ADELA. Pues no faltaba otra cosa!...

AGUILAR. (Con intencion.)
De algo debe usté acusarse!

ADELA. Yo!

AGUILAR. Sí. Una mujer conoce
muy pronto el efecto que hace
en un hombre...

ADELA. Y la injusticia
de los hombres es muy grande.
Si á las primeras palabras,
algo ambíguas ó galantes,
respondemos con enojo:
«¿por qué me habrá hecho un desaire?»
dicen ustedes: «la necia
»se figura que no hay nadie
»que la hable cuatro palabras
»sin que pueda enamorarse!»
Sí, por evitar escándalos,
ó por dudar si sus frases
tienen el doble sentido
que parece, á su constante
persecucion no oponemos

lengua muda y rostro grave,
de su amor participamos
y nos gusta que nos amen!
Contando á nuestro marido
sospechas que nada valen,
exponemos á dos hombres
á que sin razon se maten,
y ocultándoles el riesgo,
damos motivo bastante
para que un loco se crea
que somos vanas ó fáciles!
Digo á usted que el ser casada,
y ser buena, y ser amable,
una mujer en el mundo
con ustedes, tiene lances!

AGUILAR. ¿Y qué hombre puede evitar
que viendo en el mundo un ángel
como usted, sienta su alma
sufrir y despedazarse
mirando ageno un tesoro
de hermosura y de caracter!

ADELA. ¿Y por qué no hacen ustedes
con la mujer, lo que hacen
con la ambicion, las riquezas,
el talento?...

AGUILAR. Qué?

ADELA. ¡Quedarse
sin ellos, cuando otros tienen
lo que á Dios le plugo darles!

AGUILAR. Se equivoca usted, Adela;
posicion, oro, alta clase,
áura popular, fortuna,
todo, puede conquistarse.

ADELA. Menos la mujer agena...

AGUILAR. Para el hombre todo es fácil
y con voluntad conquista
fuertes más inexpugnables.

ADELA. Yo no soy *fuerte* y no quiero
que á mí me conquiste nadie;
que me dejen en mi casa
vivir en paz!...

AGUILAR. Al mirarme

entrar hoy aquí... lo he visto,
ha temblado usted.

ADELA. Y dale!
Sí señor, le dije á usted
claro, quince dias hace,
despues de la escena horrible
de que yo no soy culpable,
y que á Dios gracias no fué
segun veo, cosa grave, (Mirándole con intencion.)
que saliera de esta casa
para siempre; que olvidase
su capricho...

AGUILAR. Mi pasion.

ADELA. Y que al mes de no mirarme
de seguro olvidaria
mis perfecciones vulgares.

AGUILAR. Lo he intentado quince dias,
los que he tardado en curarme
no del todo.

ADELA. (Con interés.) Ah... dura aún?...

AGUILAR. Y hoy he vuelto más amante
y más decidido á todo.

ADELA. Yo ya no soy responsable
de nada; yo hoy como siempre
le digo que vuelve en balde;
que no puedo amarle nunca,
y que el hombre que no sabe (Con gravedad.)
respetar de una señora
el honor, aunque la ame,
y la expone á consecuencias
tristes y desagradables,
ni es digno de que le aprecien
ni merece que le hablen!
(Se dirige á la izquierda.)

AGUILAR. Tiene usted el alma á prueba (La detiene.)
de emociones.. . No se marche
usted, Adela, yo soy
el que se va; pero ántes
de separarme de usted
para un eterno viaje
necesito hablarla.

ADELA. (Sonriendo forzadamente.) Ya

hemos hablado bastante!

AGUILAR. Salga usted como otras veces (Suplicante.)
al jardin...

ADELA. Yo!... Dios me guarde!
Lo hacia cuando ignoraba
su tenquedad y sus planes;
ya, delante de mi esposo
le veré siempre!...

AGUILAR. Un instante
no más!

ADELA. Ni medio!

AGUILAR. Mi muerte. (Con pasion:)

ADELA. Don Luis, no se mata nadie (Con risa forzada.)
por tan poco...

AGUILAR. ¡Lo veremos!
Ya sabe usted que no hay nadie
que á fuerza de voluntad
y á saber sufrir me gane!
Sabré no comprometerla...

ADELA. Cómo! (Conmovida.)

AGUILAR. Adios!

ADELA. Pero... (Y si lo hace?)
Mi esposo le aguarda á usted...

AGUILAR. Yo la espero...

ADELA. Será en balde!

AGUILAR. Se trata de mi existencia...

ADELA. Dios siempre lo mejor sabe!...
la culpa no es mia!

AGUILAR. Basta!...
(Me tiene miedo y es fácil
que si por honrada lucha,
se rinda al fin por cobarde!)
(Saluda con respeto y se va por el foro.)

ESCENA III.

ADELA.

¡Aquí quisiera yo ver
á una mujer de caracter!
Si callo me comprometo,
si hablo puede haber un lance;

si le oigo se creerá amado;
si no... puede que se mate ..
¡Es posible que la paz
del alma llegue á turbarse,
porque así lo quiere un necio,
un bribon ó un botarate!...
Oh! y él no lo es... ¡aquel dia
me dió la prueba más grande
de amante y de caballero...
Cómo sufrió sin quejarse...
No hay remedio, es necesario
que esta situacion se aclare.
Yo hablo á Diego; pero ¿cómo
se dice á un marido amable
cariñoso «amigo mio...
»mucho ojo .. mira que hay álguien
»que .. mira que hay quien se atreve...»
no lo digo aunque me maten!...

MART. Adónde está? (Dentro.)

ADELA. ¡Mi marido!...
si él lo conociera... frágil
esperanza! tendrá celos
de quien en mí no repare,
y de éste ni por asomo!

MART. (Ah! mi mujer aquí... diantre!
cómo podria alejarla!...)
Y Aguilar? (Saliendo por el foro.)

ADELA. (Todos iguales!)

ESCENA IV.

ADELA, MARTINEZ.

ADELA. Se marchó, tiene que hacer.
(Si en el jardin le encontrase,
acaso sospecharia...)

MART. Y no ha querido aguardarme?

ADELA. Pues!

MART. ¿No te ha dicho la causa
de su ausencia indisculpable!

ADELA. No!

MART. ¡Quince dias sin vernos,

sin venir á casa; él que ántes
venia dos y tres veces
á buscarme!

ADELA. Sí, á buscarte!
Pues yo no le he preguntado...

MART. Eres con él poco amable...
es un amigo modelo!...

ADELA. Tú crees!... (Esto sí que es grande.)
Pues hijo... (Como tomando una resolucion)

MART. ¿Y están durmiendo
los huéspedes?...

ADELA. Sí.

MART. Ya es tarde!

ADELA. Llegaron cansados!...

MART. ¡Vamos,
(Acercándose á ella con cariño.)
y tú... te encuentras más ágil?
estás mejor?

ADELA. Yo!...

MART. No niegues
que hace tiempo tu semblante
no es el mismo; hay en tus ojos
más vaguedad... y cierto aire
preocupado... tú siempre
alegre, de buen carácter,
estás hoy sobresaltada,
inquieta...

ADELA. ¿Cuánto tiempo hace
que notas en mí ese cambio?

MART. Cinco ó seis meses... Hay tales
maridos, que nada observan,
que miran á sus mitades
como á extrañas, que no pasan
por ellas esos afanes,
esa atencion cariñosa
y dulce de los amantes.
Pero yo... entre mis negocios
y trabajos, el más grave
es querer á mi mujer,
y serla fiel y constante,
y mimarla...

ADELA. Zalamero!...

MART. No lo hago así?
ADELA. Sí lo haces.
(Y dele usté á un hombre así
un noticion semejante.)
MART. Por fortuna, ya he notado
algun cambio favorable
en tu salud ó en tus nervios
de unos dias á esta parte!
ADELA. (Los quince dias que el otro
no ha pisado estos umbrales.)
MART. Yo me decia á mí mismo,
¿pero qué tiene mi ángel?
Mi mujercita... ese esplin,
esa inquietud, de qué nacen?...
Hasta he consultado á un médico!
ADELA. Tú!
MART. Á un sabio!
ADELA. Sin avisarme?
MART. Y me ha dicho: «La mujer
»es un bicho inexplicable:
»cuando su felicidad
»es ya demasiado grande,
»puede hasta enfermar de pena
»de no regañar con nadie!»
ADELA. Y ese es un sabio?
MART. Un filósofo!
ADELA. Pues mira... yo...
MART. No me hables
de eso; estás mala de dicha!
Y si no... vamos por partes!
¿Quién es mas feliz que tú
en el mundo? Dilo, nadie!
¿Qué mujer tiene un marido
más honrado y más amable,
más leal, más cariñoso
y mejor, sin alabarme!
ADELA. No, sin alabarte, no!
MART. Pero es verdad!
ADELA. Adelante!
MART. Poseemos todas las
humanas felicidades;
yo tengo una esposa honrada,

bella, hacendosa y amable;
tú tienes marido rico,
no muy feo...

ADELA. No! (Riéndose.)

MART. Y constante...
género desconocido
en huestes matrimoniales.
Tenemos salud, dinero,
casa con jardin, carruaje,
sastre y modista de moda
y un cocinero admirable:
con todo esto y sin política,
ni ambicion, deudas ni afanes,
dime si hay en todo el globo
matrimonio semejante!

ADELA. Todo eso es cierto, ciertísimo!
no puede dudarlo nadie.

MART. Salta á la vista; pero eso
todavía no es bastante.
Yo quisiera que Madrid
y que Europa se enterasen
de tanta dicha; hay momentos
en que quisiera dar parte
por tarjeta á todo el mundo
en letras así de grandes.
«Don Díego Martinez Luna
»y doña Adelaida Marquez,
»participan hoy á usted
»que no se cambian por nadie...
(Continuando en el mismo tono.)

ADELA. «Y le suplican que vea
»este cuadro edificante,
»desde las nueve del dia
»hasta las seis de la tarde,
»en el boulevard Serrano,
»que ántes lo fué de Narvaez,
»barrio aun hoy de Salamanca,
»y en la acera de los pares!»

MART. Justo—ó mandar insertar,
como hacen los charlatanes,
en los mejores periódicos
un anuncio de esta clase.

ADELA. En letras gordas!
MART. Muy gordas!
«Se ofrecen treinta mil reales
»al que pruebe que en el mundo
»existe, en sus cinco partes,
»matrimonio más dichoso
»ni felicidad más grande,
»que la de Diego Martinez
»y doña Adelaida Marquez.»
ADELA. Me parece buena idea!
MART. Pero pudiera arruinarme
de tanto pagar anuncios,
y prefiero hacerlo gratis.
ADELA. Cómo!
MART. Mejor ocasion
que la de hoy no ha de encontrarse.
Ante tu amiga Carlota
se desplegará brillante
nuestra dicha conyugal.
ADELA. Cierto!
MART. Cómo va á envidiarte!
ADELA. Ántes de hablar de la nuestra,
me permitirás que la hable
de la suya:—aún no se yo
si su marido la hace
venturosa ó desgraciada!...
Como llegaron tan tarde
anoche, no tuvo tiempo
para decirme dos frases
seguidas...
MART. Pues interrógala;
ella á tí no ha de ocultarte...
dos amigas de la infancia
que no se han visto años hace!...
No tengo yo gran idea
de ese matrimonio...
ADELA. ¡Sabes
algo acaso... en qué te fundas?
MART. Es una idea!
ADELA. Y no salen?
MART. Las doce! pues han dormido (Mirando el reloj.)
doce horitas... es bastante!...

En Bailen ya lo comprendo,
pero en Madrid!

ADELA. El viaje!... (Mirando al jardin.)
(Qué va á hacer en el jardin
inútilmente esperándome?)

MART. Qué miras?

ADELA. Nada!

MART. Algo tienes...

ADELA. (No hay remedio, debo hablarle,
debo contárselo todo.)
Pues bien...—(Va á hablar.)

MART. Calla, que aquí salen!

ADELA. (Se lo contaré á Carlota;
ella podrá aconsejarme.)

MART. (Si no se van... no es posible
que yo mi proyecto acabe.)

ESCENA V.

DICHOS, CARLOTA y GARCÍA, por la derecha.

CARL. Buenos dias!

ADELA. Dios los dé:
un abrazo: vaya un sueño! (Se abrazan.)

GARCIA. Era tan grande su empeño
de ver á Madrid y á usté,
que el placer sin duda alguna
la ha embargado los sentidos!
¡Por poco estamos dormidos
de placer, hasta la una!

CARL. Si es falsa la deduccion
la premisa es verdadera:
venir á Madrid! esa era
mi más constante ambicion!
y más estando tú en él...
Tú, la amiga de mi infancia
á quien tiempo ni distancia
no han vuelto ingrata ó infiel!

ADELA. Ya sabes, Carlota mia,
que mi afecto es verdadero,
y que hoy te estimo y te quiero
lo mismo que te queria!

MART. Cierto, y como es de rigor
que ustedes quieran hablar
y otro tiempo recordar,
como pasado, mejor,
dejo á usted á mi mujer (Á Carlota.)
y yo á su marido embargo.
CARL. Muy bien.—Á usted se le encargo!
MART. Así se le he de volver!
CARL. El mentor te satisface? (Á Adela.)
ADELA. Conmigo es siempre sincero.
CARL. Son ustedes libres... pero
cuidado con lo que se hace!...
GARCIA. No tengas miedo; ya sabes
que mi cabeza, aunque arguya,
es más fuerte que la tuya.
ADELA. Esas palabras son graves!
CARL. Está tan débil la mia!
GARCIA. Lo está al ménos para el uso
que de ella haces.
CARL. Ah! es que abuso...
GARCIA. Algo de tu fantasía.
CARL. Veamos mis malas prendas!
GARCIA. Yo he prometido enmendar
tu manera de pensar,
y no es justo que te ofendas.
CARL. No tal!
GARCIA. Porque han de saber
tu amiga y mi nuevo amigo
que yo la dicha bendigo,
de tenerte por mujer.
Que es santo y puro tu afecto,
que tienes mil prendas bellas,
pero que asoma tras ellas
un pequeñito defecto!...
GARCIA. Si es pequeñito!...
GARCIA. Lo es!
Mas si no le echas la llave
á tiempo, solo Dios sabe
donde llegará despues!...
ADELA. Dispuesto está el tribunal.
MART. Cuál es esa imperfeccion?
GARCIA. Una inmensa admiracion

para el bien ó para el mal,
de todo cuanto traspasa
el límite verdadero
de la vida, y al sendero
de lo extraordinario pasa!

ADELA. No está eso claro!...

MART. No sé
la importancia que tendrá.

ADELA. Usted exagerará!

GARCIA. Señores—me explicaré.
No es un defecto exclusivo
de la que me dió su mano;
le heredó el género humano
de su padre primitivo.

CARL. Si tan largo me lo fias...

ADELA. Si de tan lejos lo toma...

MART. Habrá que tomar á broma
tan extrañas teorías!

GARCIA. Si no me dejan hablar
mal explicarme podré.

MART. Tiene razon!

GARCIA. Y tendré
que volver siempre á empezar. (Pausa.)
Qué faltaba á Adan y á Eva
en su encantada mansion?
Comerse, segun Breton,
aquella manzana ó breva:
balla, que aunque tentadora,
puso la divinidad
á la ruin curiosidad
de la raza pecadora.
Eran en vida inocente
ignorantes, poderosos,
completamente dichosos,
felices perpétuamente;
hijos queridos de Dios
hubieran legado al mundo
aquel bienestar profundo
que disfrutaban los dos;
solamente era preciso
al bien de la raza humana,
no probar una manzana

del árbol del Paraiso.
Y aquel par de mentecatos,
perdóneme su memoria,
teniendo en calma y en gloria
los más suculentos platos;
disponiendo á su placer
de mares, cielos y flores,
teniendo frutos mejores
solamente con querer,
perdieron ventura, calma,
corona, inmortalidad,
inocencia, castidad
y salud de cuerpo y alma,
por la estupidez curiosa
de conocer lo ignorado
y tirar un ruin bocado
á una fruta verde y sosa.
Ese afan de la madre Eva
que nos perdió sin querer,
va asomando en mi mujer
para toda cosa nueva.
Cánsala lo conocido,
fatígala lo trillado,
y aunque el cielo la ha otorgado
todo cuanto le ha pedido,
será hasta capaz de odiar
la ventura que disfruta
si ve en su vida una fruta
de que no pueda probar!
Ved si hago bien en temer
un defecto que al alma lleva,
que empezó en nuestra madre Eva
y llega hasta mi mujer!

ADELA. No lo ha explicado usted mal,
mas de su temor me rio,
porque ese es, amigo mio,
el pecado original.
Si con él todos nacemos,
todos de él participamos;
defectos que así heredamos
muy mal corregir podremos!

GARCIA. En eso estriba el talento:

en aceptar de la vida
la ventura conocida
ó el sabido sufrimiento.
En no pedir maravillas
á la mísera existencia,
en aceptar con paciencia
las emociones sencillas,
y en conocer que el mortal
á quien no basta su edem,
se pone á perder el bien
por querer saber del mal.

ADELA. Es usted un rigorista!

CARL. Mas parece un misionero!

GARCIA. Molestarlas más no quiero,
pero no es porque desista.
Tenga ó no tenga razon
haga usted bien comprender (Á Adela.)
á mi querida mujer,
á quien amo con pasion,
que Dios le da á cada uno
aquí su línea trazada,
y que nunca niega nada
á quien le pide oportuno;
que sujetarse es preciso
al camino que tomemos,
y que si todos tenemos
nuestro árbol del paraiso,
el que de esa fruta insana
tenga deseos vehementes,
debe arrancarse los dientes
por no morder la manzana...

CARL. El que oiga á mi amado esposo (Picada.)
creerá que yo escucho al diablo,
y que quiero...

GARCIA. Es que yo hablo
en sentido decoroso.
No es el fruto prohibido
lo que así arrastra tu mente,
es la insensible pendiente
que va á lo desconocido.
Y ya basta de sermon,
que mi cariño disculpa,

si es que pequé, *mea culpa*,
échame la bendicion.

CARL. Qué hago? (Á Adela.)

ADELA. Siempre perdonar!

MART. Bendita sea tu boca.

CARL. Concedido!

MART. Á mí me toca!

ADELA. Has llegado tú á pecar?

MART. Si es fuerza ser pecador
para abrazarte despues,
me voy á echar á tus piés.

ADELA. En mis brazos es mejor!

MART. Voy. (Yendo á abrazarla.)

ADELA. Pero hombre!... (Deteniéndole á media voz.)

MART. Ay! es verdad!...
dispensen ustedes si...
No es de buen tono...

GARCIA. Por mí!

MART. Es mi gran debilidad:
si el amor de mi mujer
es mi árbol del Paraiso,
que me condene es preciso,
porque me le he de comer.

ADELA. Vamos!

MART. Sí, tienes razon,
hasta despues..
(Besando la mano de su mujer.)

ADELA. Caballero!... (Deteniéndole.)

MART. Monísima!... (Echándola un beso.)

TODOS. Ah! (Riendo.)

MART. Es que la quiero
con todo mi corazon.
(Vánse Martinez y García por la derecha.)

ESCENA VI.

ADELA, CARLOTA, sentándose.

CARL. Cuánto te ama tu marido...
si lo que reluce es oro...

ADELA. ¡Inagotable el tesoro
de su amor me ha concedido!
Y tú, segun puedo ver

á pesar de su homilía,
disfrutas la suerte mia!

CARL. Hija, que le hemos de hacer!... (Aburrida.)

ADELA. Dar muchas gracias á Dios,
cuando hay tantas desgraciadas,
al mirarnos tan amadas
y queridas por los dos!

CARL. Cierto!

ADELA. Lo dices de un modo!
¿Qué, acaso como temias
por mí, son tus alegrías
exteriores?...

CARL. Hay de todo!

ADELA. Vamos! tu marido muda
de carácter cuando hay gente!...
será irascible... exigente...

CARL. Oh! no!

ADELA. Celoso sin duda?

CARL. No!

ADELA. Vamos, tendrá en conciencia
algun defecto importuno!

CARL. No le conozco ninguno;
¡figúrate qué existencia!
¡Él celoso! (Sonriendo.)

ADELA. No?

CARL. Y de quién?
vivimos solos y aislados
en los yermos olvidados
de los campos de Bailen.
Allí tiene mi marido
una casa solariega,
y allí á la dicha se entrega
de quererme y ser querido.
Sólo pasan el umbral
de aquel adusto santuario,
el alcalde, el boticario,
el juez ó un guarda rural.
Á montes que nuestros son
suele ir á caza mi esposo,
y yo odiando aquel reposo
y aquella eterna inaccion,
paso la vida leyendo,

y con estupor mirando...
que mi esposo va engordando
y yo voy enflaqueciendo.
Soy feliz, ¡no lo he de ser!
pero en mi suerte tirana
será mi dicha mañana
idéntica á la de ayer.
Mi vida corre enojosa
sin dolor, afan ni guerra;
si eso es la dicha en la tierra
la dicha es muy fastidiosa!

ADELA. Monte tuyo... hermosa casa!

CARL. Oh!

ADELA. Jardin con flores...

CARL. Sí...

ADELA. Marido que cifra en tí
su dicha, y oro sin tasa
que dar á la caridad,
y á más de todo virtud...
independencia y salud,
esa es la felicidad!

CARL. No es esa la vida, no,
siempre en el fiel como un peso;
no ha nacido para eso
el alma que Dios nos dió!
No es viviendo entre terrones
y en la inaccion donde empleas
el volcan de las ideas
y el fuego de las pasiones.
En vano llamas vivir
á esta calma á que me inmolo;
no hemos nacido tan solo
para comer y dormir.

ADELA. Ah! si tu imaginacion
llama dolor al reposo,
ya veo yo que tu esposo
tenia mucha razon.

CARL. En mi eden, como le llamas,
otro mundo he conocido...
he leido!...

ADELA. Y qué has leido?

CARL. Novelas, comedias, dramas...

ADELA. Ya!
CARL. Sé lo que me dirás:
sueños, ficciones, locuras:
porque estudiar no procuras
la sociedad en que estás...
Lee esas causas criminales
de que da cuenta la prensa
todos los dias, y piensa
que esos son hechos reales.
Dí si son invento mio
la traicion del seductor,
el suicidio por amor,
las muertes en desafío;
la hija que huye de su hogar
con quien su nombre desdora;
la amante envenenadora
de quien la llega á olvidar;
la relacion exactísima
de aquel inglés que por celos
degolló á sus dos abuelos.
ADELA. Ave-María Purísima... (Santiguándose.)
CARL. Oh! ríete cuanto quieras,
pero todos esos seres
son hombres y son mujeres.
ADELA. Á mí me parecen fieras!
CARL. Para amar esta inaccion
en que nuestra alma se agita,
créeme, se necesita
carecer de corazon!
ADELA. ¡Ay amiga de mi alma,
te veo en muy mal camino!
aborreces tu destino
y odias tu dichosa calma.
Si te das á esos extremos
y al mal gusto de envidiar
á tanto loco de atar...
hija... manzana tenemos!
CARL. Una cosa es la emocion
y otra seria perderme...
yo sabria detenerme
al pie de la tentacion.
ADELA. Tu sed no se apagará,

Carlota, tan fácilmente;
¿quién con sed junto á una fuente
contempla el agua y se va?
Pero oye: ya que tu gloria
cifras en esas pasiones
de terribles emociones,
voy á contarte una historia!

CARL. Tú...

ADELA. Yo! la mujer de prosa;
y esa historia te hará ver
que el alma de una mujer
ya no puede ser dichosa,
con solo el temor pueril
de vivir en drama.

CARL. Oh!
y es tuya esa historia?

ADELA. No;
pero le ha pasado á mil.

CARL. Veamos.

ADELA. Figúrate
un matrimonio modelo;
él viendo en su esposa el cielo,
ella amándole con fe.
Su boda no fué el final
de una pasion borrascosa
y feroz, sino la cosa
más sencilla y natural.
Él era un hombre de bien,
ella una mujer honrada;
se vió un dia arrodillada
ante el cura y dijo amen!

CARL. Vulgar es la relacion
y prosáico el matrimonio.

ADELA. Ya llega pronto el demonio
á estropear la funcion.
Tras de boda tan sencilla
nació el afecto, la calma,
la dicha, la paz del alma;
y aquel hombre y su costilla,
contentos con su fortuna
y viviendo sin demencia,
su venturosa existencia

no cambiaban por ninguna.
De pronto, en su hermoso eden,
lo mismo que en el de Adan,
se escurrió con vil afan
otra serpiente tambien;
y convencerla á ella quiso
con seducciones humanas,
de que aún tenia manzanas
el árbol del paraiso.

CARL. Ah!

ADELA. Un hombre...

CARL. Ya pareció!

ADELA. No habia de parecer?...
Llegó á amar á esa mujer
y su amor no la ocultó...
Ya se hizo el interesante,
ya el desdichado y celoso,
y atentando á su reposo
con su pasion incesante,
la persiguió á todas horas,
y ella sufrió, mal su grado,
su lenguaje apasionado,
sus miradas seductoras.
En balde ella le negaba
su admiracion y su oido;
cuando en casa recogido
el matrimonio quedaba,
él, con la vista llorosa,
pasaba la noche en vela
en la calle, centinela
de su ingrata desdeñosa.

CARL. Ah!

ADELA. Si ella de vez en cuando
la cortina descorria,
sin verla él, le veia
fijo, aun lloviendo, aun nevando.

CARL. Á eso obligan las pasiones...
¿Qué importan frio y calor
cuando se tiene un amor...

ADELA. (Interrumpiéndola.)
Á prueba de chaparrones!

CARL. Sufrir nieves, sufrir aguas...

Por fuerza ese hombre tendria
mucho amor!

ADELA. Lo que tenia
era un hermoso paraguas!

CARL. ¿Cuándo has visto tú á un marido
por su mujer de ese modo!

ADELA. Ah! tú le quieres con lodo,
lo pondrá todo perdido.

CARL. Sigue...

ADELA. Viendo esa mujer
la obstinacion peligrosa
de aquel hombre, y siendo esposa
amiga de su deber,
una entrevista aceptó
para decirle: «de hoy más
no vuelva á casa jamás!»

CARL. Ya lo entiendo, y no volvió...

ADELA. El pintó su ardiente llama,
amenazó con matarse,
ella tembló al contemplarse
heroina de aquel drama,
y cuando oyó á su marido
que llegaba, con terror
encerró en el tocador
al seductor atrevido.

CARL. Ay, me late el corazon!...
¡qué situacion tan terrible!

ADELA. Escucha! ¡hay algo de horrible
tambien en la relacion!
En su espanto sobrehumano
y al ver su desgracia cierta,
cerró de golpe la puerta
y le destrozó la mano!

CARL. Ah!... él dió un grito... el otro entró...

ADELA. No tal—al sentirse herido
no hizo el más pequeño ruido.

CARL. Sublime!

ADELA. No se quejó!

CARL. Y ella aun dudó de su amor?

ADELA. No sé si dudó en tal trance,
mas á pesar de aquel lance
sé que honrada continuó...

CARL. Mujer fuerte!...
ADELA. El riesgo aquel
la hizo insistir más y más
en no escucharle jamás,
en que no volviera!
CARL. Y él?
ADELA. Obedeció quince dias;
y ella al ver libre su alma,
volvió á disfrutar con calma
sus serenas alegrías...
CARL. Ya!...
ADELA. Pero él volvió despues;
y hoy tienes á esa infeliz
sin cometer un desliz
desgraciada como ves.
Ó á su marido le cuenta
como debe lo ocurrido,
y expone así á su marido
quizá á una escena sangrienta;
ó calla y sufre y sostiene
una situacion forzada,
que á ninguna esposa honrada,
como es justo la conviene.
CARL. Pero adorada se ve!
ADELA. Lo que se ve es aburrida;
echa de menos la vida
feliz, que su dicha fué.
Y ahí verás que esos temores
y esos sueños insensatos
solo causan malos ratos,
aun no pasando á mayores.
Figúrate qué placeres
pueden causar las pasiones,
cuando en tales situaciones
colocan á las mujeres.
¿Cuál será el placer final
de un amor por Dios maldito.
si la sombra de un delito
hace al alma tanto mal?
Créeme, Carlota mia;
la humana felicidad
no estriba en la vanidad

de verse adorada un dia.
No consiste en el anhelo
de tener al alma en guerra,
ni de arrastrarse en la tierra
teniendo la paz del cielo.
Amarga la fruta da
ese árbol que Dios plantó;
Dios mismo nos le vedó
y muy bien vedado está.

CARL. Puede que tengas razon;
siempre pensé de otra suerte,
pero no juzgo muy fuerte
á mi ardiente corazon,
y si me viera algun dia
en esa situacion rara...
por mucho que me encantara
yo creo que me moria!

ESCENA VII.

DICHAS, MARTINEZ, por el foro.

ADELA. (Cálla... mi marido.)

MART. Aún...
(Diablo) dura la entrevista...

CARL. ¿Ha perdido usted de vista
á mi marido?

MART. Segun...
se encontró á un antiguo amigo
y ha prometido volver.

ADELA. Y tú qué vienes á hacer?

MART. Yo vengo á reñir contigo.

ADELA. Por lo extraño me contenta.
Habla! que me haces pensar!

MART. De ese lance de Aguilar
como no me has dado cuenta!

ADELA. Cómo! (Turbándose y levantándose.)

CARL. Qué tienes! (Sorprendida.)

ADELA. (Procurando serenarse.) No entiendo.

MART. Me ha dicho el médico aquel,
que sufrió un golpe cruel...

ADELA. Quién, Aguilar?

MART. Si.—Tremendo!
se cogió con una puerta
los tres dedos de la mano...
ADELA. Ah!
CARL. (¡Eras tú!) (Sorprendida, con rapidez á Adela.)
ADELA. (Calla!)
MART. No en vano
no venia.
ADELA. Sí? no acierta
mi razon... y yo qué tengo
que ver?...
MART. Él ha dicho allí
que recibió el golpe aquí...
y yo á preguntarte vengo...
como no me has dicho nada...
ADELA. Ya ves fué un lance casual;
se marchaba y cerró mal...
MART. Pues la mano destrozada!...
ADELA. Yo no creí...
MART. Yo decia,
cuando ese chico no viene
á nuestra casa—algo tiene...
pero no me suponia...
Quince dias le ha durado
la curacion.
ADELA. ¿Ya está bien?
MART. Pues no le has visto tambien
hoy aquí!
ADELA. Se me ha olvidado!
cierto... mas tuvo que hacer
y por eso no esperó...
recíbele tú... que yo
voy á salir...
CARL. (Interrumpiéndola.) Quiero ver
Madrid, y es muy natural
que esta me vaya enseñando...
MART. Muy bien hecho; y hasta cuándo?
CARL. Tarde, si no nos va mal.
MART. Pues á divertirse...
ADELA. (Con sonrisa forzada.) Eso es...
MART. Tú estás bien?
ADELA. Perfectamente!

MART. Y esa manita? (Pidiéndole la mano, que besa.)
ADELA. Exigente!
CARL. Adios.
MART. Estoy á sus piés.
CARL. (Te sientes mal?) (Á Adela.)
ADELA. (Muerta estoy!...
aprende y observa en mí!...)
CARL. (Qué va á pasar hoy aquí?)
MART. (Qué tendrá mi mujer hoy?...)
(Las dos se van por el foro. Martinez se queda contemplándolas. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARTINEZ asoma la cabeza por la puerta de la derecha y sale á la escena.

¡Nadie!—Silencio profundo,
soledad completa.—¡Bravo!
Estoy libre, puedo ahora
aprovechar este rato
y dejarlo todo á punto
de estallar... Mañana sábado,
(Como quien lee un programa de funcio ,,
veinticuatro de setiembre,
y feliz aniversario
de mi boda con Adela;
á los ocho menos cuarto
de la noche, ochenta cohetes
cruzarán por el espacio;
y entre luces de bengala,
en un templete romano
aparecerán de pronto
nuestros nombres enlazados.
¡Gran sorpresa de los huéspedes
y encantadores aplausos

de Adela, que pagará
mi obsequio con un abrazo!
Yo sé bien que esto es ridículo
en la época en que estamos:
sé que es moda aparentar,
aun sintiéndo lo contrario,
aversion á nuestra esposa,
hastío de sus encantos;
pero yo que sé que el mundo,
cuando de él somos esclavos,
nos quita nuestra ventura
y no nos da nada en cambio,
querré siempre á mi mujer
y la haré mimos y halagos,
y seré feliz lo mismo
que el dia que nos casamos!
¡Ese Andrés, por qué no viene?...
(Mirando por la ventana que da al jardin.)
Ah! creo que sale del cuarto
del pabellon... me hace señas...
y corre... algo habrá pasado!

ESCENA II.

DICHO, CRIADO, azorado por el foro.

CRIADO. Señor...
MART. Qué ocurre?...
CRIADO. Una cosa
que no me explico!...
MART. Habla claro.
CRIADO. Esperando á que bajara
usted como me ha encargado,
fuí al pabellon del jardin,
donde están todos los trastos
de los fuegos, para atar
las últimas ruedas...
MART. (Con impaciencia.) Vamos,
al hecho.
CRIADO. Llego á la puerta,
empujo, y por más que hago

no puedo abrir... doy un golpe
con más fuerza y la entreabro,
pero al mismo tiempo noto
que empujan del otro lado.

MART. Cómo!

CRIADO. Y he creido ver
á un hombre...

MART. (Sorprendido.) Qué!

CRIADO. Por si acaso
no me engañaba, dos vueltas
eché á la llave y la traigo.

MART. Bien has hecho, ven... (Dirigiéndose al foro.)

CRIADO. Ahora
si quiere escaparse el pájaro
saltará por la ventana.

MART. Eso es lo que hace; es extraño!
(Mirando otra vez al jardin.)
Un ladron... al medio dia...
Qué veo!... (Sorprendido.)

CRIADO. (No está esto claro!...
Como no quieran robar
las voladoras del amo!)

MART. Es Aguilar!... Chis!... Chis!... Luis,
(Llamando por la ventana.)
por aquí... Vete... (Al criado.) es un chasco
que me iba á dar un amigo!
(Con sonrisa forzada.)
(Qué es esto!)

CRIADO. (Lance más raro!)

MART. Ni una palabra! (Con gravedad.)

CRIADO. Señor!... (Inclinándose.)

MART. (Incomprensible es el caso!)

ESCENA III.

MARTINEZ, AGUILAR por el foro al mismo tiempo que se va el Criado.

MART. (La turbacion de mi esposa...
este escondite... ¡Dios Santo!
valor y prudencia!) Diantre,
(Con fingido buen humor.)

Aguilar... yo en mi despacho
esperaba tu visita
y te sorprendo saltando
por los muros del jardin...
¿Qué broma es esa? No alcanzo...

AGUILAR. (Me pilló.) ¿Cuál es la broma?

MART. El lance es extraordinario!

AGUILAR. Mi conducta es bien sencilla!
(Procurando serenarse.)
(Qué le digo?)

MART. Sin embargo...
No lo parece...

AGUILAR. Apariencias...

MART. Aguilar—hablemos claro.

AGUILAR. Yo me explicaré.

MART. Eso ansío.

AGUILAR. Yo me oculté en aquel cuarto
por no ser visto.—Me opuse
á que entrara tu criado
para no ser conocido,
y quise escapar de un salto
por la ventana, al notar
que me habian encerrado!

MART. Y es esa la explicacion!
Lo mismo que ántes estamos!
Aguilar—yo necesito
la verdad—y ya me canso
de esperarla inútilmente!

AGUILAR. (Y tiene razon!) No en vano (Con misterio.)
te tengo por buen amigo...
(Audacia!...) Estaba aguardando
á una persona...

MART. Una cita!...

AGUILAR. Sí. Dispénsame si callo;
el nombre de una mujer
siempre debe ser sagrado.

MART. Poco á poco. Aquí en mi casa!

AGUILAR. Justo.

MART. (Me gusta el descaro.)
Sólo hay aquí tres mujeres;
la mia...

AGUILAR. (Interrumpiéndole.) De esa no hablamos:

Yo te juro...

MART. Lo supongo
sin que haga falta jurarlo...
La segunda es tu doncella
que ya tiene cuarenta años,
y la tercera es la madre
del portero.

AGUILAR. Sin embargo...

MART. De modo que no... Ah! qué idea!
es posible!—Seria acaso?...

AGUILAR. Justo... (Yo no sé quién es. (Interrumpiéndole.)
Pero ahora con bien salgamos,
despues sea como sea
ya habrá tiempo de arreglarlo.)

MART. (Carlota... que llegó ayer...)

AGUILAR. Puesto que lo has acertado
ya quedarás satisfecho...

MART. Sí; no puedes ser más franco,
y aunque debiera enojarme
disculpo tus pocos años.
Pero necesito entera
confesion de tu pecado:
lo primero es evitar
de esa locura el escándalo.

AGUILAR. Esa mujer cuyo nombre
no pronunciarán mis labios...

MART. Bien hecho!

AGUILAR. (Ya que lo ignoro)
aunque me hagan mil pedazos...

MART. Pero estando aquí el marido!... (En confianza.)

AGUILAR. Para el amor no hay obstáculos;
á él le toca defenderse,
á mi amor dar el asalto!

MART. Grandes máximas, amigo,
y vienes así á contárselo
á un compañero del gremio?...

AGUILAR. Tú eres muy distinto!

MART. Claro,
ya lo sé... pero con todo...
somos colegas... hermanos
de la misma cofradía...

AGUILAR. Te juro no dar un paso

más en tu casa, que pueda...

MART. Pero ahora que me hago cargo. (Reflexionando.)
Ella de aquí no ha salido
hasta hace una hora; cuándo
la has visto?... si llegó anoche...

AGUILAR. (El lance apura!...) No he estado
yo quince dias ausente?

MART. Cómo! el lance de la mano...

AGUILAR. Era una farsa. Yo me he hecho
el enfermo, y mientras...

MART. Vamos!

AGUILAR. Corria tras ella y nadie
sospechaba lo contrario.

MART. Ah, ya, vienes de Bailén
triunfante como Castaños?

AGUILAR. De Bailén? Sí...

MART. Victorioso
y feliz?

AGUILAR. No he dicho tanto.

MART. Pues Aguilar: es preciso
que echemos en serio un párrafo.
Si esa mujer desgraciada
á tu amor ha dado pábulo
y está á punto de olvidar
por tí sus deberes santos,
advierte que su marido
debe ya sospechar algo!

AGUILAR. No lo creo.

MART. Esta mañana
aquí mismo ha censurado
la tendencia de su esposa
á andar por imaginarios
paraisos ..:

MART. Mas de mí?...

AGUILAR. Oh! no, á tí no te ha nombrado.
Ya decia yo!...

MART. Ahora bien,
qué es lo que tú vas buscando?
Un triunfo á tu vanidad,
y un castigo ó un escándalo
si el marido te sorprende
como yo!... ¡Vale eso acaso

el peligro de tu vida,
la ruina de un hombre honrado,
la honra de una mujer
y su perdicion acaso?...
Aguilar...

AGUILAR. Una pasion
santifica sus estragos...

MART. Déjate ya de pasiones,
que todas tienen mal pago;
la de Cristo fué sublime,
y al fin le crucificaron!

AGUILAR. Fuera ademas cobardía
abandonar así el campo.

MART. Están los dos en mi casa:
sea para tí sagrado
este recinto.

AGUILAR. Haré todo
aquello que esté en mi mano.

MART. Lo mejor es que no vuelvas
por ahora á visitarnos.

AGUILAR. Cómo! me echas de tu casa?

MART. No quiero hacerla teatro
de aventuras novelescas
por lo ménos.

AGUILAR. En tal caso
libre soy! puedo sin trabas
proseguir lo comenzado.

MART. He apelado á tu honradez
y á tu corazon hidalgo;
mas si prosigues tu empeño,
tanto peor para entrambos;
yo, con cerrarte mi casa
desde hoy, me labo las manos.

AGUILAR. Mi secreto de tí fio.

MART. Guárdale tú, por si acaso,
algo mejor que hoy lo has hecho
conmigo y con mi criado.

AGUILAR. Volveré.

MART. Si te arrepientes...

AGUILAR. Adios!

MART. Volverás en vano!

AGUILAR. (Yo ya enmendé mi imprudencia...)

(Váse por la derecha.)

MART. (Reflexionemos despacio!...)

ESCENA IV.

MARTINEZ.

Está visto, este es un mozo
de esos que están decididos
á cazar á los maridos
sin conciencia y sin rebozo.
Sin duda conoceria
á Carlota de soltera,
y ella, ignorante ó ligera,
ese amor alentaria...
y hoy le seguirá alentando,
puesto que él se atreve así...
¿qué debo yo hacer aquí?
No puedo seguir callando!...
debo indicar al marido
su desventurada estrella,
ó debo advertirle á ella
que todo lo he sorprendido?
Forzoso es que yo la diga...
y ahora que pienso mejor,
este negocio de amor
se lo ha contado á su amiga...
No hay duda!... eso debe ser...
lo tendrá por una hazaña!...
ahora comprendo la extraña
turbacion de mi mujer...
Su sorpresa cuando yo
conté el lance de la puerta...
¡como que ella estaba cierta
de que en casa no ocurrió!...
Y gracias á que mi Adela
es de lealtad un templo,
porque si no, el mal ejemplo
podria... ¡bonita escuela!
Cortaré el mal de raiz...
hay ya motivos bastantes...
sí... que se vayan cuanto ántes

y que me dejen feliz!
Creo oir... si; han vuelto ya...
(Mirando hácia la izquierda.)
Va Adela á su tocador...
cuanto más pronto mejor!
Adela... chís—ven acá!
(Se acerca á la puerta y llama.)

ESCENA V.

MARTINEZ, ADELA, quítase el sombrero.

ADELA. Tú aquí!... (ya se habrá marchado!)
(Mirando al jardin.)
MART. Oye.
ADELA Me voy á quitar...
(Dirigiéndose á su tocador.)
MART. Deja... tenemos que hablar.
de un asunto reservado.
(Gozaré en su turbacion.)
(Adela se quita el sombrero y le coloca sobre una silla en segundo término.)
¡Muy corto ha sido el paseo!
ADELA. Tenia jaqueca creo
Carlota...
MART. Sí y con razon!
ADELA. No te entiendo.
MART. Ven aquí...
levanta tu hermosa frente,
siempre pura é inocente;
deja que te mire así...
ADELA. (¡Qué!) (Algo turbada.)
MART. Deja que mire en calma
de tus ojos el reflejo,
único y seguro espejo
donde se retrata el alma.
No los bajes encendidos,
tú que honrada y buena eres;
eso lo hacen las mujeres
que engañan á sus maridos!
ADELA. Cómo!—sospechas tú acaso?... (Turbada.)
no tienes prueba ninguna!... (Con dignidad.)

MART. Es que yo conozco á una
que se encuentra en ese caso.
ADELA. Tú!... Pueden las apariencias
engañar, y yo te juro...
MART. No, hija mia, estoy seguro...
ADELA. En qué fundas tus creencias?
MART. En un hecho consumado.
ADELA. No puedes equivocarte?
MART. No, porque voy á contarte
todo lo que aquí ha pasado.
ADELA. Aquí.
MART. ¿Á quién dirás en fin
que he pillado y sorprendido
encerrado y escondido
en el cuarto del jardin?
ADELA. (¡Ah!) Bien... yo te explicaré.
MART. Ya! tú estás en el secreto...
ADELA. Ten calma y yo te prometo
contarte...
MART. Si ya lo sé...
ADELA. Tú!...
MART. Descubierto Aguilar,
no ha tenido más remedio
que contar de medio á medio
su secreto singular.
ADELA. Ah! te ha dicho?... (qué osadía!...)
Pero tú no habrás creido
aún ántes de haberme oido...
MART. Por qué no? si él lo decia?...
ADELA. Oh! tal vez un duelo estando
inocente yo de todo...
MART. Un duelo, de ningun modo...
no volviendo aquí... y callando...
ADELA. Ah! mejor... y qué te ha dicho?
vamos!... cuanto más lo pienso...
MART. Que era ya antiguo é inmenso
ese amor ó ese capricho;
al pronto no entendí bien;
como ayer llegó la bella...
ADELA. Qué!
MART. Pero él vino tras ella
corriendo desde Bailén.

ADELA. (Ah! por no comprometerme
le habrá dicho que Carlota...)
MART. Ya ves si el marido nota...
ADELA. (Oh! yo no quiero valerme
de esa infamante mentira!)
Conque Aguilar asegura
que ama á Carlota?
MART. Y lo jura.
ADELA. Vamos, Aguilar delira.
MART. Calla! esto tiene que ver! (Sorprendido.)
tan es así, que ha pasado
allí... los dias que ha estado
enfermo.
ADELA. No puede ser!
MART. Por no dar que sospechar
con quince dias de ausencia,
ha tenido la paciencia,
ó el buen tino, de inventar
esa peligrosa herida!
El médico lo ha sabido
sin duda, y han convenido
que peligraba su vida
si veia á alma viviente
en ese plazo.—Cazaba (Con malicia.)
García, y él se explicaba
en Bailén perfectamente!
ADELA. (Habla con sinceridad
ó quiere tenderme un lazo!)
MART. Rechazas aún!...
ADELA. Rechazo
todo lo que no es verdad!
MART. Vamos, la verdad te obliga
á desmentir esa historia!
Accion es muy meritoria
que defiendas á tu amiga.
Pero es inútil que á mí
me lo quieras ocultar.
Yo te prometo callar;
pero algo exijo de tí.
ADELA. Habla! (No sé comprender!...)
MART. Yo no sé si razon tiene;
pero á mí no me conviene

tu amistad á esa mujer.
Haz, pues, por irla indicando
que es muy estrecha la casa...
y que si aquí se propasa
á querer ir practicando
lo que en lenguaje conciso
su marido, con razon,
llama incipiente aficion
al árbol del paraiso,
yo, que sé la historia entera,
tal aficion no consiento:
al marido se lo cuento
y suceda lo que quiera.

ADELA. (Será verdad?)

MART. Ella es lista!...

ADELA. (Sabria que ella pensaba
venir, y á mí me asediaba
para hacer perder la pista!...)

MART. (La ha asustado tal cinismo!)

ADELA. (Me tomaban por juguete
los dos!...)

MART. (La he puesto en un brete...)

ADELA. (Exponerme su egoismo
á un lance, ¡qué infame accion!)
Y tú le has visto la mano?

MART. (Yo no, mas mentir es sano
cuando es con buena intencion.)
La mano suya?

ADELA. Sí tal!...

MART. Cuando coloca así el puño
se vé un pequeño rasguño...
pero nada... natural.

ADELA. (Ah!... yo vengarme sabré,
sin perderlos, en los dos...)

MART. Pues ya que, gracias á Dios,
todo el lance averigüé...
háblala al alma...

ADELA. Sí, sí...

MART. Pinta con tristes colores
el fin de tales amores!

ADELA. Descuida.

MART. (Mirando por la izquierda.) Ella viene aquí!

Sé patética!

ADELA. Hay razon.

MART. Yo quiero oirte... me escondo...

ADELA. Ah!

MART. Saca ese alma del fondo
de su eterna perdicion!
(Se esconde con rapidez tras las cortinas de la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

ADELA, CARLOTA, MARTINEZ, escondido.

ADELA. (No me importaba ese hombre
ni creia en su amor loco!
¡mas servir yo de tan poco!...
se ha de acordar de mi nombre!)

CARL. Pero dónde te has metido?...

ADELA. Aquí!..:

CARL. ¡Buena compañera
tengo yo!

ADELA. (Si no estuviera
oyéndonos mi marido...)
Se te pasó ya el dolor (Con ironía.)
de cabeza?

CARL. Te aseguro
que pasé por tí un apuro...

ADELA. Lo creo; y estás mejor?... (Con rapidez.)

CARL. Sí... no era nada, estoy buena!

ADELA. Lo malo es si aquel vahido
ocultaba un mal dormido (Con intencion.)
y cruel!

MART. (Ya entra en escena!)

CARL. (Lo dice por ella, es claro.)
Sí, esos males son estremos...
estamos solas... podemos
hablar aquí sin reparo!
(Consolarla es mi deber...)
Triste es perder nuestra calma,
mas tambien encuentra el alma
en esa pena un placer!

Sentir aun sufriendo, es grato!

MART. (Bien; encuentra divertido
engañar á su marido...
voy á pasar un buen rato.)

ADELA. Penas que el pecho maltratan
son otros tantos venenos!...

CARL. Sí, pero se vive al menos!...

ADELA. Pero es que hay penas que matan!

MART. (Bravo!)

CARL. La vida es sentir;
si el fuego de las pasiones
nos da inmensas emociones,
qué puede importar morir!

MART. (Pues señor, esta mujer
es un mónstruo de cinismo.)

ADELA. No conoces tú el abismo
donde podemos caer!

CARL. Tanto te oigo á tí decir
lo que una pasion desvela
y tanto mi pecho anhela
conocer lo que es sentir,
que aunque yo cambiar no espero
mi existencia de fastidio,
hasta el sufrimiento envidio
de ese drama verdadero!

ADELA. No envidia, terror excita
la desgraciada mujer
que faltando á su deber
en el mal se precipita!

CARL. (Lo toma con gran empeño!)

MART. (Ni en el Teatro Español!)

ADELA. Para ella dia sin sol...
para ella noches sin sueño!

MART. (Bien!)

ADELA. La que llega á probar
ese dolor que da espanto,
vierte raudales de llanto!

CARL. Es tan hermoso llorar!

MART. (Á un cartujo perdería.)

CARL. La muerte está en el reposo!
¡Cuando pienso que mi esposo
no me ha hecho llorar ni un dia!

ADELA. Aun muerto el dolor retoña....
CARL. Sufrir... qué mayor fortuna?
MART. (Nada, esta mujer es una
Margarita de Borgoña!)
ADELA. La esposa que engaña al mundo
y que á su marido vende...
CARL. No tanto... ya se comprende (Interrumpiéndola.)
que eso es...
ADELA. Criminal.
MART. (Inmundo!)
ADELA. ¡Ay de ella si cualquier dia
desde un rincon escondido
la sorprende su marido!
MART. ¡Bravo, Ristori! (Saliendo de pronto.)
CARL. Te oia! (Aterrada.)
(Por qué te has culpado tanto
(Ap. á ella con rapidez.)
si no has llegado á ese extremo?
MART. (Que no la convenzas temo...)
(Ap. A Adela.)
CARL. (Y se va!... ese hombre es un santo!)
MART. (Has tenido inspiracion!...) (Ap. á Adela.)
CARL. (Vamos... con ella se exalta!...)
MART. Ya que la hace tanta falta (Á Carlota.)
tome usted bien la leccion! (Se va por el foro.)

ESCENA VII.

CARLOTA, ADELA.

ADELA. Ahora estamos solas! (Con rapidez.)
CARL. Sí,
pero no entiendo esa escena...
ADELA. Estaba de verdad llena!
CARL. Ah! lo decias por tí?
Luego la historia es más grave
de lo que me has confesado?
ADELA. No tal... por tí he declamado!
CARL. Por mí?
ADELA. Pues—todo se sabe! (Con ironía.)
CARL. Qué es todo?...

ADELA. Disimular
sabe bien tu corazon!
CARL. Pues qué oculta?
ADELA. Tu pasion.
CARL. La mia!
ADELA. Y la de Aguilar!
CARL. Ni le conozco siquiera!... (Sorprendida.)
Veo que lo finges bien.
Sé que viene de Bailén
tras de tí!...
CARL. Y aunque eso fuera...
yo...
ADELA. Lo confiesas?
CARL. No sé...
yo ignoro...
ADELA. Él lo ha dicho.
CARL. Bah!
es una calumnia.
ADELA. Ya!
No le conoces?
CARL. No á fe.
ADELA. Está todo descubierto!
CARL. Pues Aguilar se equivoca.
ADELA. Sí, disimular te toca.
CARL No te amaba á tí?
ADELA. No es cierto!
Y yo me alegro en el alma,
porque aún vuelvo á ser dichosa.
CARL. Pues si te hace venturosa
lo tomas con poca calma!
ADELA. Si me indigno de su engaño,
es porque tú la primera
esa comedia grosera
has inventado en mi daño.
Allí le puedes ver poco,
y los dos en un momento
de sublime sentimiento,
tú mal amiga, y él loco,
hurdisteis el pobre plan
de que él me hiciera el amor
para engañarnos mejor
y conseguir vuestro afan.

CARL. Yo no te comprendo.
ADELA. En vano
disimulas á tu modo;
él lo ha confesado todo.
CARL. ¿Y su herida de la mano,
de su amor triste castigo,
no fué por tí?...
ADELA. Lo sabias!...
CARL. Y no ha estado quince dias
enfermo?...
ADELA. En Bailén... contigo.
(Bajando la voz.)
¿Era esa la reclusion
obstinada en que vivias?
¡Á lo menos quince dias
has tenido distraccion!
CARL. Qué dices?
ADELA. Que ese mortal
finge demasiado bien,
y no se pasa en Bailén
la vida del todo mal!
CARL Basta... es una vil accion
calumniar de esa manera
á una mujer...
ADELA. (Interrumpiéndola.) Que quisiera
conocer una pasion...
Ya la conoces.—Verás
distinta nuestra existencia:
yo feliz con mi inocencia;
tú descubierta quizás.
Mas dile á tu adorador,
ya que su deber ignora,
que el que ofende á una señora
en provecho de su amor,
ni es noble, ni es hombre honrado!
CARL. Adela... ve que te juro...
ADELA. Que está en mi pecho seguro
vuestro secreto guardado;
pero que no pise más
los umbrales de esta casa;
pues si á hacerlo se propasa,
porque tú en mi casa estás,

yo, inventando algun ardid
para salvar tu reposo,
sabré decir á tu esposo
que no te prueba Madrid.
(Se va por la derecha.)

ESCENA VIII.

CARLOTA.

Pero ¿qué es esto, Dios mio!?
¿qué dice? ¿quién es ese hombre,
á quien yo no he visto nunca,
y que á tal riesgo me expone?
¿Por qué si tanto me quiere,
y me sigue y me conoce,
á mí no me dice nada
y cuenta á otros sus amores?
Yo no recuerdo; será
aquel rubio, que dos noches
fué con el cura?... ó aquel
capitan de cazadores
que tuvimos alojado...
y estuvo soñando á voces!...
Yo me pierdo en conjeturas!
No sé qué partido tome!
Oh! y estoy comprometida!
si á mi marido le ponen
en el secreto... aunque jure
que yo no conozco á ese hombre,
no me creerá... tambien juran
las culpables. ¡Qué emociones!
Yo queria conocer
esos terribles dolores
de la vida, el sobresalto
que nace de las pasiones;
pero sentir así á ciegas
y comprometer su nombre
sin saber por quién... (¡Dios mio!
mi marido! que no note
mi turbacion... vamos, calma!

(Coge un periódico y se pone á leer.)
¡Esto es vivir!...)

GARCIA. (Viéndola.) Ah!... no me oye!

ESCENA IX.

GARCIA, CARLOTA.

GARCIA. (La mira; deja el sombrero en una silla, y se acerc á ella por detrás de su silla.)
Estará cual de costumbre
entregada á los horrores
del folletin!...)

CARL. (Si sabrá?...)

GARCIA. (Cómo estará sola?...)

CARL. (Entónces,
tal vez querrá asesinarme.)

GARCIA. (Leyendo en voz alta, por detrás de Carlota, el periódico que ella tiene en la mano.)
«Yo os adoro, dijo Jorge...»

CARL. Ah, eres tú! me has dado un susto...

GARCIA. De veras? bah! (Sonriendo.)

CARL. (Se conoce
que nada sabe; me mira
y se sonrie...)

GARCIA. No estorbe
mi presencia á tu lectura...
leamos juntos y acordes.
La novela se titula...

CARL. Yo no sé...

GARCIA. (Leyendo.) «Los seis amores.»
Muchos son para ser buenos!
Sigue...

CARL. Para que te mofes
como siempre?

GARCIA. Yo; no tal,
respeto y admiraciones (Con burla.)
tributo siempre á esos héroes...
«Yo os adoro, dijo Jorge, (Leyendo.)
»en el ciego parasismo
»de la pasion.»—Ese nombre

debia tener ¡Rugiero!
Jorge! Oscar!...

CARL. Algo mejores
son que el tuyo.

GARCIA. Sí, Benito!
Mi padrino fué un bodoque!
Continuemos... y cayó
«desplomado; «vaya un golpe
»á los piés de Clementina!...»
Ese es un bonito nombre;
si acierta á llamarse Paca...
ni hay parasismo... ni hay Jorge!

CARL. Vaya un modo de leer!

GARCIA. «Yo siempre hago reflexiones.
»Me direis que es la primera (Leyendo.)
»vez que os he visto esta noche.
»Oh, no tal; hace ya un año
»que mi corazon se rompe
»adorándoos en silencio.
»Cuántas veces en el bosque,
»oculto á nuestras miradas,
»os he visto coger flores
»ó miraros en las aguas
»que por entre peñas corren!»

CARL. (Qué extraña coincidencia!)

GARCIA. Es indiscreto ese jóven;
supon tú que á Clementina
al verse sola en el monte
le hubiera dado el capricho
de subirse á un alcornoque.

CARL. Continúa.

GARCIA. (La interesa!...
es mucha cabeza!...) Oye:
—«Cuántas veces he pasado, (Sigue leyendo.)
»sin que ninguno lo note,
»noches enteras en vela
»al pie de sus miradores.
»Cuántas veces os he visto
»leer deshojando flores...
»á Espronceda y á Zorrilla.»
Buena vista tenia ese hombre
para conocer el libro

debajo de los balcones.

CARL. Prueba eso que á Clementina
le gustaban mis autores.

GARCIA. Una novela no prueba
nunca nada; «cuántas noches
»os he visto al retiraros
»á vuestra alcoba» demontre!...
«se continuará.»—Á Dios gracias...
cuando digo que don Jorge
no se para en barras; lástima
que se quede ahí en el bosque
tiritando; verdad es
que teniendo *seis amores*
no se puede tener frio.

CARL. Está visto, eres el hombre
más prosáico de la tierra!

GARCIA. Oh! yo tengo mis razones:
el que se llama Benito
debe aspirar á los goces
de ser un hombre de bien
y un buen marido.

CARL. Responden
á tu nombre tus ideas.
(¿Será Aguilar como Jorge,
y me habrá amado en silencio
tanto tiempo?)

GARCIA. No lo tomes
tan á pecho... al fin y al cabo
pasarán tus ilusiones,
y verás que es lo mejor
aquello que se conoce.
Adios, cabeza volcánica.

CARL. Adela me espera... vóyme...

GARCIA. Tu madre Eva fué una necia!

CARL. Puede que razon te sobre.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

CARCÍA, á poco AGUILAR.

GARCIA. ¡Lástima que mi mujer
esté peor cada dia!
Parece que su manía
se la inspira Lucifer!
Si yo encontrara algun medio
de que ella, prácticamente,
huyera de esa pendiente
que nos pierde sin remedio,
y quedando convenida
por una treta ingeniosa,
la hiciera adorar la prosa
verdadera de la vida,
salvaba esta situacion
que la hace del mal esclava,
y su dicha aseguraba...
¡Cómo darla esa leccion! (Se queda pensativo.)

AGUILAR. (Salió Diego, y es preciso (Por la derecha.)
que yo explique sin demora
á Adela, que á otra señora
he puesto en un compromíso!
Ni aun la idea de mi muerte
ha conmovido su pecho.
No hay que cansarse; esto es hecho:
dí con una mujer fuerte!

GARCIA. Quién? (Volviéndose de pronto.)

AGUILAR. Un hombre!... (Retirándose.)

GARCIA. (Saludando.) Servidor...
Calla!... Luisillo!...
(Reconociéndole y acercándose.)

AGUILAR. García!
Tú en la córte!

GARCIA. Quién diría?...

AGUILAR. Un abrazo!

GARCIA. Es de rigor!...
(Se abrazan con efusion.)

AGUILAR. Cuatro años sin vernos!...

GARCIA. Sí.

AGUILAR. Quién encontrarte creyera?
GARCIA. Al acabar la carrera
yo á Córdoba me volví.
AGUILAR. Y yo que, solo en la tierra,
me ví de tí separado,
dos años he viajado
por Francia y por Inglaterra.
GARCIA. Y qué es de tu vida?
AGUILAR. Sigo
acaudalado y soltero,
siempre voluble y ligero,
pero siempre buen amigo!
GARCIA. Qué tiempos; dichosa edad
aquella en que juntos íbamos
casi siempre y revolviamos
toda la universidad!
AGUILAR. Y tú qué haces?
GARCIA. Heredé
de mi tio tres millones...
AGUILAR. Hola!
GARCIA. Compré posesiones,
me ví solo, y me casé!
AGUILAR. Te casaste... era tu sueño!
GARCIA. No pensaba por ahora
ver Madrid, más mi señora
formó un decidido empeño,
y á su capricho accedí.
AGUILAR. Y estás contento?
GARCIA. Pues no!
Tanto como la amo yo
me hace dichosa ella á mí!
Tiene de un ángel destellos...
son sus dotes infinitos...
AGUILAR. Pero tiene caprichitos!
GARCIA. Qué mujer está sin ellos?
Muchos podia tener
y la conozco solo uno!
AGUILAR. Mejor seria ninguno...
GARCIA. Sí, todo no puede ser!
Y ya ves, cuando se sabe
se combate á un enemigo;
si tuviera muchos... ¡digo!

AGUILAR. Es que uno solo es más grave!
GARCIA. Tú no eres casado?
AGUILAR. No.
Tuve siempre algun recelo
de no encontrar ese cielo
tan sereno como yo!
GARCIA. Entónces te puedo hablar
de esa cuestion espinosa,
sin temor de que á tu esposa
se lo llegues á cantar.
Y ella mañana temprano
se lo contará á la mia.
AGUILAR. Ah! pasa eso?
GARCIA. Cada dia!
AGUILAR. Tu temor conmigo es vano! (Sonriendo.)
GARCIA. Pues como te iba diciendo,
mi mujer es un tesoro;
ella me ama y yo la adoro...
es un ángel...
AGUILAR. Ya lo entiendo!
GARCIA. Pero tiene una cabeza
en extremo impresionable;
y ella ántes más razonable,
á perder su calma empieza
y á desear emociones
que agiten su corazon,
envidiando á los que son
víctimas de las pasiones;
y se aflige y se desvela,
y mujer vulgar se llama
al ver en escena un drama
ó al leer una novela.
AGUILAR. Pues ese tipo, hoy ya es raro.
GARCIA. No es romántica—ella cose
y hace dulces y no tose:
pero afirma sin reposo
que vivir bien no es vivir,
y en su idea endemoniada
quisiera ser desgraciada
para gozar y sentir.
AGUILAR. Es su dicha verdadera
y á la desventura asalta!...

GARCIA. Sí, solo el *dolor* la falta
y eso es lo que ella quisiera.
AGUILAR. Mujer al fin!
GARCIA. Tú en mi caso
que hariás? vamos á ver!
AGUILAR. Yo dejaria correr
el tiempo, y salir del paso.
GARCIA. Y estarias tan conforme!...
AGUILAR. El tiempo da desengaños.
GARCIA. Cuando cumpla cincuenta años
ya espero que se reforme;
pero de aquí á allá...
AGUILAR. Recibes
ese mal.—Cuando la vea
puede que te de una idea...
Yo iré á verte... dónde vives?
GARCIA. Aquí!...
AGUILAR. Qué... (Sorprendido.)
GARCIA. De Adela es
mi mujer antigua amiga.
AGUILAR. Permíteme que te diga...
llegasteis anoche!
GARCIA. Pues!
AGUILAR. De Bailén?—(Pierdo la calma.)
GARCIA. Allí en mis tierras vivimos
siempre, y de Bailén venimos...
AGUILAR. ¡Ay, amigo de mi alma!
(Abrazándole con pesar.)
GARCIA. Qué es eso?
AGUILAR. Estoy aturdido!
era tu mujer!
GARCIA. Pero hombre!...
qué hay en eso que te asombre?...
AGUILAR. Que sin querer te he ofendido!
GARCIA. Tú á mí?... (Con extrañeza.)
AGUILAR. ¡Voto á Belcebú!
Por salvar á otra mujer,
á la tuya sin querer
he comprometido...
GARCIA. Tú!
AGUILAR. Sí—secreto por secreto.
Me juras callar?

GARCIA. Lo juro!
AGUILAR. Al verme aquí en un apuro
(Con gran misterio.)
con un marido indiscreto
que oculto me sorprendió...
GARCIA. Un marido... aqui?...
AGUILAR. Sí!
GARCIA. Ah!
AGUILAR. No puedo nombrarle!
GARCIA. Ya!
(Vamos, Martinez cayó!...
Parecia tan dichosa
con él, y él cifraba en ella
su ventura ¡horrible estrella!)
AGUILAR. Yo por salvar á esa esposa
de una apariencia fatal
y de una imprudencia mia,
sin pensar lo que decia,
y sabiendo la casual
llegada de otra señora...
dije... «perdon si te ofendo!
»tras esa vengo corriendo.
»Esa es la que mi alma adora.»
GARCIA. Pues me gusta!...
AGUILAR. No hice bien,
pero al verle preocupado
hasta le he dicho que he estado
quince dias en Bailén.
GARCIA. Tú!
AGUILAR. Él me dijo—«Su marido
»velará por su tesoro;»
y yo le dije—«la adoro,
»á todo estoy decidido.»
En fin, conseguí mi objeto,
que era salvar la opinion
de Adela...
GARCIA. Calla! (Tapándole la boca.)
AGUILAR. Chiton! (Id.)
ya conoces mi secreto...
GARCIA. Grave el lance puede ser, (Con seriedad.)
mas yo no he de tolerar
que se llegue á sospechar

del honor de mi mujer.

AGUILAR. La otra es inocente...

GARCIA. Mas
lo es la mia y no es razon...

AGUILAR. Renunciaré á mi pasion;
no volveré aquí jamás;
pero hoy por hoy es preciso,
pues á tí me he confiado,
que á esa mujer que he nombrado
la saques del compromiso.

GARCIA. Ah! Tú con el otro has puesto
á mi esposa en mal lugar,
y yo he dejar pasar
su mala opinion ¿no es esto?

AGUILAR. Tú sabes bien que es honrada!

GARCIA. Pero él se lo contará
á su mujer, y esta irá
diciéndolo á todos... Nada!
Yo no acudo á esa locura:
mi situacion es primero!
Arréglate...

AGUILAR. De tí espero
un consejo en mi tortura.
Inventa!... Si su marido
sabe que estaba yo aquí
por ella...

GARCIA. (Despues de reflexionar.)
Un consejo?...

AGUILAR. Sí!

GARCIA. Pero... estás arrepentido?

AGUILAR. Lo estoy!

GARCIA. Juras no volver
á perseguir más mujeres?...

AGUILAR. Me casaré si tú quieres!

GARCIA. (Con resolucion.)
Aún se puede componer.

AGUILAR. De veras? (Con alegría.)

GARCIA. Pero es forzoso
que me obedezcas sumiso.

GARCIA. Sálvame del compromiso;
devuelve á Adela el reposo,
y te juro obedecerte

en todo sin vacilar.

AGUILAR. Mi idea te va á salvar,
y á afirmar tambien mi suerte.

AGUILAR. Cómo!

GARCIA. En silencio hace un año
(Se le lleva retirado y le habla con misterio y decision)
que amas á mi esposa.

AGUILAR. Eso
es mentir con más exceso
y hacer más antiguo el daño.

GARCIA. Sin que ella lo haya sabido
la sigues á todas horas...
y la espías y la adoras...
y aquí tras ella has venido.

AGUILAR. La sigo comprometiendo!

GARCIA. Con la sola diferencia,
de que hoy lo haces con mi anuencia.

AGUILAR. Te juro que no te entiendo...

GARCIA. Hoy la hablas; pintas tu amor;
me echas veinte maldiciones...

AGUILAR. Mas...

GARCIA. Ella busca emociones!
Cuanto más fuertes mejor!

AGUILAR. Pero qué intentas?

GARCIA. Lograr
que ella se asuste de tí;
que busque defensa en mí
y lo eche todo á rodar.
Hacer que tiemble de miedo;
que eche de ménos su calma,
y busque la paz del alma
que sólo yo darla puedo.
Y cuando de terror llena
por mi ademan furibundo,
delante de todo el mundo
haya una terrible escena,
yo doy mil gracias á Dios
y tranquilizo su pecho,
y declaro que hemos hecho
esa comedia los dos.
Que tú, haciéndome un favor,

Trazado el papel trajiste,
que por eso te escondiste
para engañarlos mejor.
Y salvamos de ese modo
las sospechas del marido,
mi nombre comprometido,
mi temor fundado y todo.
Tan solo de esa manera
puedo enmendar tu locura,
y ella misma me asegura
la fe de mi compañera.

AGUILAR. Sí—la idea es conveniente;
pero creo esta invencion
una segunda edicion
del *Curioso impertinente.*

GARCIA. Cervantes quiso probar
que es de vidrio la mujer,
y que haciéndola caer
se puede muy bien quebrar.
Y nosotros no queremos
más sino que ella confiese
que ese sobresalto, y ese
malestar que la ofrecemos,
es muchísimo peor
y la hace más desgraciada
que la dicha sosegada
de mi doméstico amor.
Ademas.—Á dos mujeres
tu amor ha comprometido;
yo á hablar estoy decidido
si seguir mi plan no quieres;
acepta la situacion
que ha trazado tu imprudencia,
ó sufre la consecuencia
de tu impremeditacion.

AGUILAR. Dices bien—pero si ignoro
hasta el nombre de la dama
que amo.

GARCIA. Carlota se llama...
y es de bondad un tesoro.
Ya iremos despues trazando
lo que tú la has de decir,

y no te importe fingir,
yo te he de estar escuchando.

AGUILAR. Ah!

GARCIA. Justo!

AGUILAR. Pero querría
algun detalle local!

GARCIA. Creo que vienen! sí tal;
(Mirando á la izquierda.)
eso tal vez convendria..
Yo ayudaré á tu elocuencia
dándote cuenta de todo!...

AGUILAR. Insistes?...

GARCIA. No hay otro modo
de arreglarlo...

AGUILAR. Bien!
(Se retira con García un poco sin coger el periódico.)

GARCIA. Prudencia!

ESCENA XI.

DICHOS, CARLOTA y ADELA por la izquierda, á poco MARTINEZ por el foro.

ADELA. La una y media, y nos avisan
que está el almuerzo dispuesto.

GARCIA. Lo oyes, Aguilar? (Marcado el apellido.)

CARL. (Qué es esto!)
(Vo viéndose al oir ese nombre.)

ADELA. (Ni aun á mi vista renuncia...)
(Viendo á Aguilar.)

CARL. (Es ese?) (Ap. con rapidez á Adela.)

ADELA. (Reprimiendo su enojo.) (Finges de suerte ..)

GARCIA. Te presento, esposa mia,
(Acercándose con Aguilar á Carlota.)
á un amigo que tenia
gran afan por conocerte.
(Martinez sale y se queda parado viendo á Aguilar con Garcia.)

ACUILAR. Señora!... (Saludando.)

GARCIA. Es un compañero
de carrera...

MART. Hola! (Tú aquí
otra vez?...) (Con rapidez á Aguilar.)
GARCIA. Con él viví
dos años cuando soltero,
y espero que usted consienta (Á Martinez.)
que nos visite á menudo.
ADELA. (Estoy absorta!)
MART. (Estoy mudo!)
ADELA. (Cómo la mira.)
CARL. (Qué intenta?
Al borde estoy del abismo.)
GARCIA. Quédate; ahora á almorzar vamos...
(Alto á Aguilar para que lo oigan.)
MART. (Y qué quieres tú que hagamos,
(Ap. á Adela.)
hija, si lo pide él mismo?
Yo... basta que usted le alabe. . (Á García.)
tambien yo lo he conocido...
(¡Que sea siempre el marido
el último que lo sabe!)
ADELA. (Qué descaro!)
CARL. (Qué osadía.)
MART. Pues ya quedas convidado.
(Á Aguilar que se dirige, á hablar con Adela y Carlota.)
GARCIA. (Martinez desventurado!)
MART. (Desventurado García.)
(Mirándose uno á otro con risa que apenas pueden contener.)
ADELA. (Descubrirlos es preciso!)
(Aguilar se aceca á ellas.)
MART. Es buen chico... (Dando el brazo á García.)
GARCIA. Ya lo sé!
MART. Tiene. así, facha...
GARCIA. De qué?...
MART. De... de árbol del paraiso! (Con intencion.)
GARCIA. Justo! (Riendo.)
AGUILAR. (Y se rie con ganas.)
(Aguilar, Adela y Carlota se dirigen á la derecha hablando.)
MART. Y cuál es su juicio extraño?
(Dándole el brazo y riéndose.)

GARCIA. ¡Creo que va á ser este año...
un gran año de manzanos.

(Los dos se rien á carcajadas. Cae el telon con rapidez.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, CARLOTA, entrando por la izquierda.

ADELA. Pero es que te sientes mal,
ó es que hablarme necesitas?...
CARL. Las dos cosas.
ADELA. Qué te pasa?
Has estado pensativa
todo el almuerzo!
CARL. Tú crees?...
ADELA. Volvió la jaqueca pícara
de esta mañana á asediarte?
CARL. Lo dices con ironía!
ADELA. Líbreme Dios!... Ya se sabe
que á esas desgracias contínuas
están sin cesar sujetas
las naturalezas vivas
é impresionables... ¿No quieres
alguna taza de tila?
CARL. Mi caracter no se aviene
á tu condicion satírica.
Me gustan las cosas claras!
ADELA. Ah!

CARL. Sí; ya no eres la misma
que eras.—Desde hace dos horas
me persiguen tus sonrisas,
tus indirectas me cansan,
y tus burlas me fatigan.

ADELA. No se puede ser más clara.
Ahí tienes, y yo creia
que despues de lo ocurrido
debias estar más tímida.

CARL. Adela, es indispensable
que se termine en seguida
esta situacion extraña.

ADELA. Ay Carlota, ahora principias!
Ya irás viendo...

CARL. Las miradas
de mi marido me agitan
sin saber por qué... Tus frases
mordaces me martirizan...
las sonrisas que tu esposo
me lanza cuando me mira,
y la impasibilidad
de Aguilar, que ni una sílaba
ha dicho en todo el almuerzo,
cosas son que no se explican
y que me hacen, sin embargo,
mucho daño!

ADELA. Pero, hija,
si tú pides emociones
¿qué extraño es que las consigas?
y si siembras tempestades,
por qué el rayo te intimida?

CARL. Pero yo qué he hecho?

ADELA. Nada!

CARL. Dilo!

ADELA. No tiene malicia!

CARL. Explícate y acabemos.

ADELA. Esa comedia es indigna...
Ten al ménos la franqueza
á que tu alma te obliga.
Si despues de descubierta
por mi marido la intriga
de Aguilar, y haberle visto

dentro de mi casa misma,
segun él ha confesado
para acudir á tu cita;
si despues de haberme hecho
juguete de su osadía,
perturbando mi reposo
para hacer perder la pista
á todos de vuestro afecto,
ha ido á buscar á su víctima,
y se ha hecho traer á casa
por el mismo á quien vendia,
¿qué quieres que hagamos todos
los que sabemos su inícua
conducta y tu... inadvertencia
por lo ménos, dí?

CARL. No sigas
ó habrás de volverme loca.
Mucho odiaba yo mi vida
por fastidiosa y pesada;
mucho en Bailen me aburría;
pero lo que es este cúmulo
de impresiones, me fatiga.
Yo de una vez para todas
te juro que no sabia
quién era Aguilar; te juro
por nuestra amistad antigua,
que hoy es la primera vez
que le he visto, y si te obstinas
en no creer lo que juro,
llamo á todos en seguida
y hago descripcion exacta
de tu historia y de la mia,
y veremos en qué paran
estas sospechas ridículas.

ADELA. (Será verdad?) (Reflexionando.)

CARL. Dilo y llamo.

ADELA. No; deja. (Será mentira!
¿Cómo es posible que ese hombre,
para enmendar su osadía,
calumnie así y comprometa
á quien no ha visto en su vida?
Fuera imperdonable falta!)

CARL. Te has quedado pensativa?
Vamos á cuentas. Acaso (Con ironía.)
tus mordaces invectivas,
más que de moral austera
eran del despecho hijas?

ADELA. Qué?

CARL. Temias que Aguilar
llevara sus simpatías
á otro lado?

ADELA. No, por cierto,
y me ofende tu malicia.
Aquí á solas te he contado
el riesgo á que me exponia
su amor no correspondido;
aquí esta mañana misma,
diciendo que iba á matarse,
le he negado una entrevista;
y yo te juro á mi vez
por la memoria santísima (Con gravedad.)
de mi madre, que levanto
mi frente serena y limpia.
¿Á qué mujer no impresiona
por muy honrada y muy digna
que sea, el amor de un hombre
que un dia tras otro dia,
en la calle, en el paseo,
la asedia, la mortifica,
la persigue!... Eso ha pasado!
Si es cierto, lástima inspira
un amor que no ha de ser
correspondido: á tí misma
en mi caso, cuando ménos,
lástima te inspiraria.

CARL. Ya lo creo!

ADELA. Es natural
que al ver que lo que creia
en él desgracia, era sólo
una farsa ruin é indigna,
sintiera en mi corazon,
no despecho, sino ira
por haber sido juguete
de un traidor y de una amiga.

Ahora con tu juramento
la situacion se complica,
y de un modo ó de otro, estoy
á afrontarla decidida.
Si por no comprometerme
ha inventado esa mentira,
á mí me toca salvar
tu reputacion; la mia
con la verdad queda á salvo.
Pues si mi esposo se obstina,
ó Aguilar, ó el mundo entero,
en creer que yo sentia
por él algo más que lástima,
y soy honrada y soy digna,
no castigo, sino premio
por mi accion merecería:
pues donde tantas sucumben
y su honra sacrifican,
la mujer *que lucha y vence*
no debe estar de rodillas. [1]

CARL. Tienes razon!... yo te vuelvo
á jurar...

ADELA. Ya es cuenta mia...
y calla que aquí los tres
vienen.

CARL. La ocasion propicia
parece!

ADELA. Verás qué pronto
aclaramos el enigma.

ESCENA II.

DICHAS, MARTINEZ, GARCÍA, AGUILAR, por la izquierda.

MART. (Á las señoras.)
Siguiendo la moda inglesa,
que no nos hace justicia,
ustedes nos han dejado
sin su grata compañía

---

1 Jugar por tabla.

á los postres.

ADELA. Los cigarros
tienen la culpa; se asfixia
cualquiera...

MART. Nunca me has dicho...

ADELA. Y sabiéndolo, qué harias?

MART. Incomodándote á tí?
No fumar más en mi vida!
Nada que á tí te incomode
excita mi simpatía...

CARL. (Á García, que parece seguir una conversacion animada con Aguilar.)
Aprende á ser un marido
galante.

GARCIA. Perdona, hija,
pero estaba preocupado
con una extraña noticia
que me da Aguilar .. ¿Creerás
que ha pasado quince dias
en Bailen, sin que nosotros
le hayamos visto?

CARL. (Sorprendida.) Ah!

GARCIA. Y afirma
que en el trascurso de un año
ha repetido la misma
caminata otras tres veces.

ADELA. (Pues esa insistencia, hija
no puede ser por salvarme.) (Ap. á Carlota.)

GARCIA. Pero dónde te escondias? (Á Aguilar.)

AGUILAR. No es raro no haberme visto.
No me has dicho tú que habitan
ustedes fuera del pueblo,
en una especie de quinta
de recreo ó de cortijo?

GARCIA. Sí.

AGUILAR. Como yo sólo iba
á arreglar unos negocios...

GARCIA. Negocios allí?

AGUILAR. Una mina
queriamos explotar...

MART. La conozco... (Con rapidez y malicia.)

GARCIA. Usted?

MART. De oidas!
AGUILAR. Pasaba en la poblacion
la mayor parte del dia,
y salia por la noche
á recorrer la campiña.
GARCIA. Dice que conoce mucho
nuestra posesion.
AGUILAR. Solia
pasar al pie de los muros
muchas horas...
CARL. Qué?
AGUILAR. Las vistas
son preciosas!
GARCIA. En efecto.
Lástima que tus visitas
siempre hayan coincidido
con mis largas cacerías...
MART. Ah! no estaba usté allí cuando? ..
AGUILAR. He tenido esa desdicha!...
ADELA. (Cada vez lo entiendo menos.) (Ap. á Carlota.)
CARL. (Yo no le he visto en mi vida.)
(Insistiendo á Adela.)
MART. (Pues señor, este hombre es tonto!
Qué ha decidido tu amiga, (Á Adela.)
al mirarse descubierta
por mí y por tí?...)
ADELA. (Ella se obstina
en negar...) (Á Martinez.)
MART. (Ya oyes á él mismo!...)
GARCIA. La conocias de vista? (Á Aguilar.)
AGUILAR. Como el cortijo no tiene
cerca, y usté algunos dias
paseaba entre los árboles,
yo he creido distinguirla...
así, al caer de la tarde...
CARL. (No hay más... la historia es verídica;
me amaba de lejos.)
ADELA. (Canto
de plano)? (Ap. á Carlota.)
CARL. (No—se complica
el asunto: ahora tal vez
comprometerme seria

delante de mi marido.—
le hablaremos...)

GARCIA. Extrañísima
es tu relacion!...

CARL. (Sospecha
sin duda...)

MART. (No, no hija mia;
no transijo.—Ya verás (Á Adela.)
con todas sus poesías
cómo la digo clarito
que se largue.)

ADELA. (Es una amiga...)

MART. (Sí, buenos amigos tienes!)

ADELA. (Pero...)

MART. (Deja, es cuenta mia!...)
En Madrid sólo tenemos, (En voz alta.)
á costa de mil fatigas
y mucho dinero, una
vejetacion enfermiza.
No hay árboles, pero en cambio
las estufas son magníficas.
Aunque la nuestra no puede
llamarse una maravilla,
es digna de verse.—Adela,
sé amable y lleva en seguida
á nuestro pequeño oasis...

ADELA. Yo...

MART. Sí, á Aguilar y á García.
(Suplico á usted que se quede.)
(Con rapidez á Carlota.)

GARCIA. Con mucho gusto...

MART. Esta cuida
las camelias y los caktus...
Tengo una magnolia híbrida!...

ADELA. Vamos... vienes tú, Carlota?

CARL. Sí.—Bajamos en seguida.
Me acompañará Martinez.

MART. Con mil amores... Ah! niña...
no te vayas á hacer daño;
cuidado con las espinas
de los caktus...

AGUILAR. (Esta farsa

me cansa!) (Á García.)
GARCIA. (Acaba en seguida.) (Á Aguilar.)
MART. Véanlo ustedes despacio.
CARL. (Esto parece una cita.
¡Si me amará tambien éste
en silencio! vaya un dia!)
AGUILAR. (¡Si la pudiera explicar
en dos palabras la intriga!)
(Vánse por el foro Adela, García y Aguilar.)

ESCENA III.

MARTINEZ, CARLOTA.

MART. (Cuanto más claro mejor.)
Carlotita... usted dispense
que la haga escucharme, y piense
que al pedirla yo el favor
de concederme un momento
de franqueza y de atencion,
la paz de su corazon
es mi solo pensamiento.
CARL. Escucho á usted, mas no alcanzo...
MART. Yo comprendo que hay maridos,
así tan... inadvertidos...
tan ciegos... (creo que avanzo)
que no dan á su mujer
esa atencion esquisita
que su alma necesita,
para aceptar con placer
la carga del matrimonio,
y el solo amor exclusivo
de su esposo...
CARL. No concibo!...
MART. Anda tan listo el demonio,
que en hallando á una mujer
de imaginacion ardiente,
y algo... vamos... (lengua, tente!)
dice alegre: «aquí hay que hacer!»
y lo gobierna de modo,
que la roba ántes la calma,
luego la paz, luego el alma,

y por fin, carga con todo!

CARL. Y eso qué quiere decir?...

MART. Que á un marido de mi raza
el diablo no le da caza.
Que es forzoso prevenir
las contingencias fatales
de esa enfermedad del dia,
vulgar, que yo llamaria
tercianas matrimoniales;
y que si usted no procura
tomar el preservativo,
al más pequeño motivo
la va á dar la calentura.

CARL. Cómo!

MART. No entiende?

CARL. Segun!
Pero creo que me ofende.

MART. Ya! conque usted no me entiende?
Pues seré más claro aún.
Bien sea por culpa agena,
ó por criminal descuido
de su cazador marido,
creo que usted no está buena.
Que ha empezado por hastío
su terciana perniciosa;
que ha sufrido valerosa
todo el período del frio;
y no pudiendo cortarse
está usted expuesta á todo
en el segundo período,
que es el período de asarse.
Yo se algo de medicina;
y en tercianas de pasion
siempre la separacion
ha sido una gran quinina.
En su curacion completa
fio si llega á tomarla:
por eso he querido hablarla,
para darla la receta.

CARL. Agradezco sus bondades,
y eso que á mí no me tocan.
Médicos hay que equivocan

algunas enfermedades;
y confunden por su mal,
de misas surtiendo al templo,
con el tifus, por ejemplo,
un ataque cerebral.
Mas lo que no hay medio humano
de perdonar á un doctor,
es que confunda en su error
á un enfermo con un sano.
Puede ser que en esta casa,
y no es lance extraordinario,
exista algun tercianario;
eso en todas partes pasa.
Si usted curarle intentó,
es acertada medida;
pero ¡doctor de mi vida, (Con ironía cómica.)
ese enfermo no soy yo!

MART. Usted!... (Insistiendo.)

CARL. Sentiré vahidos,
cierta nerviosa inquietud...
eso en perfecta salud
tienen todos los nacidos.
Pero yo como, yo duermo...
Bueno es que usted en su bondad
ataque la enfermedad,
pero busque usté al enfermo!

MART. ¡Por álguien esta mañana
en mi casa se escondió
Aguilar!

CARL. Bien... pero yo
no padezco esa terciana!

MART. Cómo!

CARL. Sea ó no sincero
lo que él á usted le diría,
hoy ha sido el primer día
que he visto á ese caballero.
Puede que me quiera mucho,
pero si es su amor ardiente
lo oculta perfectamente.
No le ví jamás.

MART. Qué escucho! (Sorprendido.)

CARL. No digo que él no me adore,

que no me haya perseguido
con un amor decidido,
de modo que yo lo ignore.
Si es cierto lo que asegura
y por mí dió tan mal paso,
él estará en ese caso
sufriendo la calentura.
Pero si es falso quizá
que aguardaba mi presencia,
busque usted con insistencia...
y el enfermo encontrará.

MART. Se atreve usted?...

CARL. (Interrumpiéndole.) Yo me atrevo
á no tolerar su ofensa:
si donde se piensa
salta la liebre, yo debo
advertir al cazador
que apunta sobresaltado...
que ó la liebre no ha saltado
ó que la busque mejor!

MART. (Esta mujer desatina!)
Me ha puesto malo esa liebre...

CARL. Ah! pues si tiene usted fiebre
tómese usté la quinina.

MART. Hágame usted la merced
de explicarme...

CARL. (Riéndose.) ¿Qué apostamos
á que un enfermo buscamos
y que el enfermo es usted?

MART. Carlota, yo!...

CARL. (Retirándose.) Amigo mio,
usted ha logrado asustarme.

MART. Mas... (Queriendo detenerla.)

CARL. Nada, voy á arroparme,
no sea que me dé el frio.
(Váse por la izquierda riendo.)

ESCENA IV.

MARTINEZ.

¡Santa Vírgen de la O!
María del Tremedal!
Es que yo he entendido mal,
ó es que el enfermo soy yo?
Ay!... de mi estupor no salgo!
Cuando Adela la acusaba, (Reflexionando.)
ella serena escuchaba...
¡Ay Dios mio!... Yo tengo algo!...
¡Yo que la prodigo amor,
que no la dejo jamás,
que no puedo amarla más!
fuera el colmo del horror!
Oh! imposible... no lo creo...
esta mujer me envenena!
tiene algo de Ana Bolena!
Corro... y ella? no la veo!
(Viendo en la puerta del jardin á Aguilar y García, que entran solos.)

ESCENA V.

DICHOS, AGUILAR, GARCÍA por el foro.

MART. Dónde mi mujer está?
(Él! ya le hubiera matado!)
GARCIA. Arreglando se ha quedado
un naranjo...
MART. —Eh! (Lo dirá
por mí?) voy... que hablarla tengo...
GARCIA. Es una preciosa estufa!
(Deteniéndole por un lado.)
AGUILAR. Magnífica! (Idem por el otro.)
MART. (Ya me atufa.)
GARCIA. Tiene usté algo?
AGUILAR. Estás...
MART. Ya vengo!...
GARCIA. Mas...

MART. La liebre! (Como hablando consigo mismo.)
AGUILAR. No colijo...
te encuentro agitado.
MART. Es vana
tu aprension...
GARCIA. Pues...
MART. (Murmurando.) ¡La terciana!
GARCIA. AGUILAR. } Qué!
MART. Que la tengo de fijo!...
AGUILAR. Diantre! Pues llama á un doctor!...
MART. Prefiero hablar á un amigo... (Con seriedad.)
AGUILAR. Ya!... (Mirando á García.)
MART. Consultaré contigo
si lo permite el señor!... (Por García.)
GARCIA. Por mí...
AGUILAR. No entiendo de males
y te voy asesinar...
MART. Todos se pueden curar
como no sean mortales!...
AGUILAR. Habla!...
MART. Á solas! Dame el brazo.
AGUILAR. Vamos pues! (Lo sabe todo!) (Ap. á García.)
MART. Perdona si te incomodo...
ADELA. No...
MART. (Si á este pájaro cazo
se ha de acordar de mi nombre!...)
GARCIA. Aquí te espero despues!... (Alto á Aguilar.)
(Niega y reniega!...) (Ap. al mismo.)
AGUILAR. (Eso es!)
GARCIA. (Le va á dar que hacer ese hombre!)
(Vánse Martinez y Aguilar del brazo por la derecha.)

ESCENA VI.

GARCÍA solo.

Lo sabe!... ¡quién lo pensara!
mal disimula en verdad:
¡esa es una enfermedad
que se conoce en la cara!
¿Qué hacer en tal situacion?

Si el otro en el compromiso
no lo declara, es preciso
continuar nuestra ficcion!
Llevada á cabo y bien hecha
volverá á todos la calma,
y no dejará en su alma
la más mínima sospecha.
Pero... ¿y si insiste el marido
y si á su mujer sorprende,
y ella aturdida se vende?...
(Aparece Adela por el foró.)
Ella!... Dios me la ha traido.
No hay que andarse con misterio,
hablar claro es de rigor!...
¿Hay crisis?... Pues lo mejor
es que caiga el ministerio.

ESCENA VII.

GARCIA, ADELA.

ADELA. Solo?
GARCIA. Tenemos que hablar!...
ADELA. Usted y yo?
GARCIA. Sí señora!...
ADELA. Y Martinez?...
GARCIA. Se ha ido ahora
adentro con Aguilar... (Con intencion.)
ADELA. Ya!... (Con indiferencia.)
GARCIA. (Pues de color no muda!...)
Le he visto preocupado...
ADELA. Sí?...
GARCIA. Y allí se han encerrado
para aclarar cierta duda...
ADELA. (Va á ver si estoy enterada...)
GARCIA. (El asunto es grave y hondo...)
ADELA. Oigo!... (Pausa.)
GARCIA. ¿Conoce usté... á fondo,
toda la Historia Sagrada?...
ADELA. ¿Va usté á glosar otro texto
como el de la creacion?... (Riéndose.)
GARCIA. Yo iba á hablarla de Sanson!...

(Con gravedad cómica.)

ADELA. Y Dalila...

GARCIA. Por supuesto!

ADELA. Es simil, inoportuno...

GARCIA. Puede que su juicio tuerza...

ADELA. No hay ya hombres de aquella fuerza
ni de aquel pelo...

GARCIA. Ah!

ADELA. Ni uno!

GARCIA. Pero hay mujeres arteras
capaces en un descuido
de pelar á su marido
si les dan tiempo y tijeras!

ADELA. Pero á la mujer honrada,
y hay mil de su sexo gloria,
¿de qué le sirve esa historia?

GARCIA. Puede servirle...

ADELA. (Interrumpiéndole con gravedad.) De nada
Créame el señor García:
(Volviendo á ser irónica.)
esos ejemplos sin cuento
del Antiguo Testamento
con que nos obsequia hoy dia...
tendrán su razon de ser
con otras personas... (Con intencion.)

GARCIA. Oh!
¿Quiénes son esas?

ADELA. Yo no
lo digo por su mujer!
Será una santa quizás;
pero usté en su pesimismo
comprenderá que lo mismo
pueden serlo las demas!

GARCIA. (Pues no es la niña serena!)

ADELA. (Tengo de hablar una gana!)

GARCIA. Por su perfeccion humana
doy á usted la enhorabuena!...
Pero al mirarme en su red
y al ver su mano ligera
y su pulso, no quisiera
ser yo su Sanson de usted!

ADELA. ¡Oh! si usted lo hubiera sido

y con su sospecha impía
me ofendiera, no tendria
el pelo que mi marido!...

GARCIA. ¿Ya usted á mi opinion cede?...
¡Cabello desventurado!

ADELA. No se le hubiera cortado,
pero arrancársele... puede!

GARCIA. Por fortuna no soy yo...

ADELA. Por fortuna para mí!

GARCIA. Gracias!

ADELA. Y por eso aquí
para hablarme se esperó?

GARCIA. (Tal descaro es inaudito!
Yo amansaré su fiereza!)
Bien, Adela, su entereza
me satisface infinito!...
Ella prueba á no dudar
que es lo que se cuenta injusto...
(Con intencion.)
Agur!...

ADELA. (Deteniéndole.) ¿Me hace usted el gusto
de hablar claro, sin tardar?. .

GARCIA. ¿Recuerda usted mi pintura
de la creacion?

ADELA. Sí tal:
pero si no entendí mal,
al menos se me figura,
hablaba usted de su esposa!

GARCIA. Pues la historia ha continuado,
mas de heroina ha cambiado!

ADELA. Vamos! ya eso es otra cosa!...
¿Quién es ella?... Sin ambaje!...

GARCIA. No puedo...

ADELA. ¡Gran discrecion!

GARCIA. Justo!

ADELA. Y... ¿en qué situacion
está el nuevo personaje?

GARCIA. En aquel momento se halla
en que la serpiente astuta
lleva en la boca la fruta
y dice á Eva: «come y calla!»

ADELA. Pero ¿quién le ha hecho creer

que esa Eva puedo ser yo,
cuando usted mismo pintó
de ese modo á su mujer?

GARCIA. Alguien que lo sabe!...

ADELA. Ya!...
en el mundo hay tanta gente!...

GARCIA. Me lo ha dicho... la Serpiente!...

ADELA. Buen culebron estará!...

GARCIA. Algo hay de eso!...

ADELA. Pues á mí
me han contado que yo he sido
la que tan sólo he servido
de pararayos aquí!
Que mientras el pobre Adan
en mi inocencia se ceba,
la serpiente y la madre Eva
al pie del árbol están!...
Que Adan por nada se inquieta,
que yo he querido avisarle,
y que el ángel va á tocarle
al oido la trompeta!

GARCIA. Cómo!...

ADELA. Figúrese usté
que susto el de Adan, el pobre!
cuando á su esposa recobre
entre trompetazos!... (Riéndose.)

GARCIA. (Aturdido.) ¡Qué!...

ADELA. ¡Y el asombro de Sanson,
cuando sin ningun recelo
se lleve la mano al pelo
y se encuentre motilon!...

GARCIA. Qué?...

ADELA. Y usted, que así trabuca
los personajes sagrados...
para estos lances pesados
¿por qué no gasta peluca?

GARCIA. Adela!...

ADELA. ¡Qué situacion
más triste y comprometida!

GARCIA. Pero...

ADELA. De ella es la comida
y de usted la indigestion! (Riéndose.)

Me rio con un afan!
Já! já! já! la escena es nueva!

GARCIA. Oh! yo!...

ADELA. Expresiones á Eva!...

GARCIA. Señora!...

ADELA. Hasta luego, Adan!...

(Váse riendo por la izquierda.)

ESCENA VIII.

GARCIA aturdido.

Adan!... Eva!... El culebron...
la peluca!... ¡Santo cielo!...
No!... no!... este pelo es mi pelo!...
á mí no me hacen Sanson!...
Horror!... ¿qué es lo que me pasa?
¿Qué me ha dicho esa mujer?
Luego yo he venido á ser
el víctima en esta casa?
Imposible!... es su despecho
quien me hace perder la paz!
Oh! si es cierto, soy capaz
de matarlos!... Esto es hecho!
Si habré yo estado obcecado!...
Y se reia inhumana!...
Es decir que he ido por lana
y que he vuelto trasquilado!
Oh! yo lo averiguaré!...
Calma! la comedia siga,
y si descubro la intriga
en los dos me vengaré!

ESCENA IX.

GARCÍA, AGUILAR, saliendo rápidamente por la derecha.

AGUILAR. Ya estoy aquí!

GARCIA. (Me contengo!)

AGUILAR. Qué trabajo me ha costado!
Ese hombre estaba escamado...

GARCIA. (Escamas!... tambien las tengo!)

AGUILAR. Es indispensable al punto
que tu plan se lleve á cabo...
GARCIA (Así los espio!) Bravo!
AGUILAR. Pues entónces al asunto...
GARCIA. Si tú conocieras bien
á mi esposa... (Mirándole fijamente.)
AGUILAR. Yo, no tal!...
GARCIA. Algun encuentro casual!...
AGUILAR. No he estado nunca en Bailén!...
GARCIA. (Mentirá este galopin!)
AGUILAR. Dame tú detalles justos
de tu casa... de sus gustos...
GARCIA. (Ah!...) Coge ese folletin...
(Le da el periódico del segundo acto.)
AGUILAR. Qué?
GARCIA. ¿No has tenido ocasion
de conocerla jamás?
AGUILAR. Justo...
GARCIA. No? Pues ahí verás
una exacta situacion!
(Aguilar lee, García le observa.)
(Si se turba, pobre de él!...)
Lee esa escena de amor
y podrás hacer mejor
con Carlota tu papel.
(No se turba! está serena!)
AGUILAR. (Leyendo.) «Yo os adoro, dijo Jorge,
»cayéndose desplomado...»
Lo que es eso...
GARCIA. No te importe,
no te caes: continua.
(No sorprendo en sus facciones
la turbacion más pequeña!...)
AGUILAR. «Cuantas veces en el bosque
»escondido á sus miradas
»he visto á usted coger flores.»
Me parece esto muy largo
para que ella lo soporte...
GARCIA. (Fingir así es imposible;
eran vanos mis temores!)
AGUILAR. «Cuántas veces he pasado
»sin que ninguno lo note,

»noches enteras en vela
»al pie de sus miradores!»

GARCIA. Basta: por ese camino
sigue como se te antoje.
(No era cierto!)

AGUILAR. Chist. Carlota!

GARCIA. Guarda el papel... que no note...
De ese Jorge seductor
sigue el atrevido paso...
Me escondo!

AGUILAR. Ya!

GARCIA. (Por si acaso.)
No es miedo!...

AGUILAR. Claro!

GARCIA. (Valor!)
(Escondiéndose detrás de la puerta de la derecha.)

ESCENA X

AGUILAR, CARLOTA por la izquierda, GARCIA escondido.

AGUILAR. (Salve á Adela este embolismo
y ya veremos despues.)

GARCIA. Habla más alto!
(Asomando la cabeza por detrás de la portiere.)

AGUILAR. Ya ves
que hablaba conmigo mismo!

CARL. (Saliendo distraida por la izquierda.)
Yo se lo voy á contar
á mi esposo.—Él!—Con permiso...

AGUILAR. Que me oiga usted es preciso.

CARL. (Ay! que va á atreverse á hablar!)
Conocia usté á García?

AGUILAR. Hemos hecho la carrera
juntos: ¡quién me devolviera
aquella hermosa alegría!
De nuestra tranquila edad
nada por desgracia existe!

CARL. La amistad!

AGUILAR. Oh! no resiste
á una pasion la amistad!

CARL. Cómo?... (Cada vez más turbada.)

AGUILAR. Mal puedo querer
al que disfruta el tesoro
que yo con locura adoro!
CARL. Un tesoro?
AGUILAR. Su mujer! (Con rapidez y fuego.)
CARL. Ah! (Retrocediendo asustada.)
GARCIA. (Eso no es fingir.)
CARL. (¡Dios mio!
que emocion tan violenta!)
AGUILAR. Carlota! (Acercándose á ella más.)
CARL. Tenga usté en cuenta
que en su lealtad confio...
AGUIRAL. Salga ya á la luz del dia
este amor mudo y extraño
que ha vivido más de un año
oculto en el alma mia!
CARL. Un año!
ACUILAR. Más!
CARL. Más!
AGUILAR. Sí á fe!
CARL. Y cómo hasta hoy no le he visto?...
AGUILAR. Há más de un año que existo...
CARL. Más!
AGUILAR. Contemplando á usté...
CARL. Si álguien viene... pero en fin...
No soy libre! Usted es amigo
de mi esposo! (Volviendo la cabeza.)
AGUILAR. (¿Qué la digo?
(Acercándose á la puerta, y aparte con rapidez á García.)
va á marcharse.)
GARCIA. (El folletin!) (Id. á Aguilar.)
AGUILAR. (Es verdad; no me acordaba...)
«Cuántas veces en el bosque,
»escondido á sus miradas,
»la he visto á usted coger flores...»
(Recordando el folletin de memoria.)
CARL. Qué?... yo he oido otra vez...
no sé cuándo...
AGUILAR. «Cuántas noches
»he pasado siempre en vela
»debajo de sus balcones!...»

CARL. Si llegan y nos sorprenden....
(Vuelve la cabeza aterrada.)
AGUILAR. (No recuerdo...)
(Cogiendo el folletin y leyendo á hurtadillas.)
«Cuántas noches
»la he visto á usted retirarse
»á su alcoba...» (Qué demontre!...
esto es una atrocidad...
qué novelas lee esta jóven?)
(Arrugando el periódico y tirándole.)
CARL. (¡Ese lenguaje!... valor!...)
Caballero... basta ya...
comprometiéndome está
sin remedio con su amor.
Yo le mando que se aleje...
AGUILAR. Nunca!
CARL. Llamaré á García.
AGUILAR. Que venga, por vida mia!
CARL. Yo quiero que usted me deje!
AGUILAR. Que venga aquí ese tirano
que me ha robado mi suerte!
CARL. Oh!
AGUILAR. Voy á darle la muerte,
en vez de darle la mano!
CARL. Matar á mi esposo?... Eso
se verá!
GARCIA. (Bendita seas!)
AGUILAR. No le temo; no lo creas!...
CARL. Y me tutea... ¡Qué exceso!
AGUILAR. Llámale y verás correr
su sangre y la mia...
CARL. Ah! no!
AGUILAR. Me verá á tus plantas.
CARL. Oh!
dónde me he ido yo á meter?...
AGUILAR. Tosen!... es él! nos verá.
CARL. Huya usted... (Empujándole al foro.)
AGUILAR. No es tiempo...
CARL. (Señalando al tocador.) Aquí...
GARCIA. Dónde?...
CARL. ¿Qué va á ser de mí?
(Le lleva á la izquierda, le hace entrar en el cuarto

y cierra de pronto la puerta.)

AGUILAR. Tu amor ó la muerte.—Ah!...

CARL. ¡Ay! Le he roto la otra mano!
(Se ve la mano de Aguilar en el quicio.)
veo los dedos!... qué horror!...
no puedo estar... qué temblor!
un esfuerzo sobrehumano!...

ESCENA XI.

CARLOTA, GARCIA, saliendo con ademan sombrío.

GARCIA. (Ay! ya al fin no me atormenta
la sospecha que he sufrido...
La mujer de su marido
es un pájaro de cuenta.)
Dónde estabas?

CARL. Ya lo ves... (Procurando sonreirse.)

GARCIA. Te he buscado inútilmente!
vas huyendo de la gente?

CARL. Si... no...

GARCIA. Estás mala?

CARL. Eso es!

GARCIA. Qué tienes?

CARL. Yo! la cabeza...

GARCIA. Ah!

CARL. Y unas palpitaciones!

GARCIA. Esas son las emociones.

CARL. Oh! no!

GARCIA. Por algo se empieza.

CARL. Qué quieres decir?...

GARCIA. Es rara
tu manera de mirar!...

CARL. Yo!

GARCIA. No lo puedes negar;
se te conoce en la cara.

CARL. Aprensiones.—Dame el brazo,
vámonos pronto de aquí...
(Queriendo llevársele.)

GARCIA. Y entónces me dirás?...

CARL. Sí!

GARCIA. Hija, no caigo en el lazo!

CARL. Cómo?

GARCIA. Ya estarás contenta?...
CARL. Por qué?
GARCIA. ¡Ya no hay en tu alma
aquella tranquila calma
que en tu casa te atormenta!...
CORL. De qué lo infieres? (Cada vez más temerosa.)
GARCIA. Infiero
que ha hecho tu imaginacion
una práctica excursion
por el drama verdadero!
CARL. Oh! (Aterrada.)
GARCIA. Decírmelo es preciso!
CARL. Con tu sospecha me infamas!
GARCIA. ¿No te has subido á las ramas
del árbol del Paraiso?...
CARL. Yo!
GARCIA. Fija tu rostro en mí!
CARL. (Voy á sucumbir de miedo!)
GARCIA. Mírame más...
CARL. Si no puedo!
GARCIA. Alza más la frente: así...
¿Tus ojos adormecidos
ya fijar en mí no quieres,
lo mismo que las mujeres
que engañan á sus maridos! (Con ira.)
CARL. No tal, yo te explicaré...
GARGIA. ¿Con quién más de media hora
ha hablado usté aquí, señora?
CARL. Ven conmigo y te diré...
GARCIA. Ese empeño en que me aparte...
aquí hay un hombre!...
CARL. No tal!
GARCIA. En qué cuarto?
CARL. (¡Yo estoy mal!)
GARCIA. Dímelo ó he de matarte!
CARL. Oh! pero soy inocente.
GARCIA. Todas juran eso mismo!
CARL. (Es verdad! terrible abismo!...)
GARCIA. Aquí debe estar! (Dirigiéndose al cuarto.)
CAL. Detente!
GARCIA. Vas á estar contenta hoy!
Habrá sangre!

CARL. Sangre?
GARCIA. Sí.
CARL. (Horror!)
GARCIA. (Abre la puerta y dice desde el umbral.)
Salga usted aquí!
CARL. (¡Yo muero!)
(Cayendo en una butaca pero sin desmayarse.)
GARCIA. Tú! (Al ver á Aguilar.)
AGUILAR. El mismo soy!
(Saliendo del cuarto con gravedad.)
GARCIA. Adela! Martinéz!... (Llamando á voces.)
CARL. (Deteniéndole.) Ah!
¡Pierdes mi reputacion!
(Se me parte el corazon!)
GARCIA. (Llamando más fuerte.)
¡Vengan ustedes acá!...
(Cruza los brazos y calla!
(Ap. con rapidez á Aguilar.)
Sonrie con amargura...
Muy bien!... esa es la postura
del que en tu caso se halla!)
(Aguilar queda en medio de la escena con los brazos cruzados.)

ESCENA XII.

DICHOS, AGUILAR, ADELA por la izquierda y MARTINEZ por la derecha.

MART. Qué ocurre!
CARL. (Voy á morir!)
(Escondiendo el rostro entre las manos.)
ADELA. (Mirando el cuadro.)
(Ah! ya!... los ha sorprendido!)
MART. (Adios... los pilló el marido!
¿quién lo habia de decir?)
Hay que salvarlos.) Qué pasa?
ADELA. (Ap. con rapidez á Carlota.)
(Cómo ha sido?)
GARCIA. ¿Quién diria
que su desgracia y la mia
iba á hallar en esta casa?

CARL. (Suplicante.)
Soy inocente!... lo juro!
GARCIA. ¡Es la frase de rigor!...
Mire usté á su seductor!
MART. (Á García.)
Pero está usted bien seguro?
GARCIA. ¿No lo dice en ambos bien
su abatimiento profundo?
MART. ¡Hay cosas en este mundo
que ni aun viéndolas se ven!
GARCIA. En ese cuarto, encerrado,
á mi amigo he sorprendido!
MART. Mas si ella no le ha escondido...
Hable usted. (Á Carlota)
GARCIA No lo ha negado!...
AGUILAR. Es verdad!
GARCIA. ¡Y él lo repite
sin conciencia y sin rebozo!
MART. (¡Qué aficionado es el mozo
á jugar al escondite!)
Y bien!... (Aquí hay que evitar...) (Sonriendo.)
Se conoce que en Bailén
no entienden ustedes bien
la aguja de marear...
Esto es cosa muy sencilla,
cuando no hay más graves hechos,
que nunca se toma á pechos
en la coronada villa.
En provincia...
GARCIA. Aquí y allí,
quien ataca á nuestro honor,
¡es un vil, es un traidor!...
AGUILAR. ¿Lo dices eso por mí?
MART. ¡Gran pregunta!
CARL. (Aterrada.) Un desafío!...
GARCIA. Á muerte!
CARL. (Interponiéndose entre los dos.)
No: no será...
GARCIA. Aparte usted... (Rechazándola.)
MART. (Esto va
por la posta.)
CARL. Amigo mio!

Piedad!... huya usted. (Á Aguilar.)

AGUILAR. Señora...
me insultan!...

CARL. ¡Yo no le quiero!
créalo usted, caballero,
se lo juro!

MART. (¡Á buena hora!...)

GARCIA. (Haciendo callar á Aguilar, que quiere hablar.)
(Un momento nada más!)
Salgamos! (A él en voz alta y ademan furioso.)

CARL. Ayúdame. (Á Adela.)

ADELA. García! (Suplicándole.)

GARCIA. Déjeme usté!...

CARL. Primero me matarás!...

MART. Poco á poco.—Si he callado
(Imponiendo á todos silencio.)
solo ha sido para ver
hasta donde puede ser
un seductor desalmado!
¡Tan triste equivocacion
no le ha hecho turbarse un punto!

GARCIA. Qué? (Señalando á Aguilar.)

MART. Siendo mio el asunto,
es mia la situacion!

AGUILAR. Pero...

GARCIA. Cómo!

MART. Sin querer
soy dueño de ese secreto!

GARCIA. Dice usted...

MART. Que ese sujeto
viene aquí por mi mujer!...

TODOS. Ah!

MART. Sí: aunque él no lo declara
y calumnia á esa inocente,
yo lo sé perfectamente!...

GARCIA. (Lo sabia!...)

ACUILAR. (Quién pensára!...)

ADELA. Mas... (Turbada.)

MART. (¡Calla!—Salvo á tu amiga!...)

AGUILAR. (Ap. á Adela.) Yo...

MART. (No me desmiente usté,
(Ap. con rapidez á Aguilar.)

y todo lo arreglaré...)

AGUILAR. (Esta es otra!)

MART. Que lo diga!...

AGUILAR. (El otro... no se qué hacer!...)

ADELA. Creo...

CARL. (Pero ese señor
por qué me hacia el amor?...)

GARCIA. Yo he creido comprender...

MART. Usted, como provinciano,
toma las cosas de un modo
que lo descompone todo.

AGUILAR. Es que yo...

CARL. (Y mueve la mano!...)

MART. Verá usted yo! Conociendo
(Primero á Garcia y luego á Aguilar.)
que perseguir á mi esposa
es una empresa infructuosa,
y el tiempo está usted perdiendo!
Sabiendo que ella me es fiel
por virtud y conviccion;
que para ella esa pasion
es un martirio cruel.
Y habiéndome ella contado,
como debe, de sus planes
los rídiculos afanes
y su amor desesperado,
de él nos reimos los dos;
y abrazándonos así (La abraza.)
le decimos desde aquí,
don Luis—vaya usted con Dios!

ADELA. (¡Qué leccion providencial
me da cuando no lo piensa!)

MART. (¡Ya está tranquilo!... Dispensa
mi invencion original!...) (Ap. á Adela.)

ADELA. (No hay de qué!)

GARCIA. (En calma lo toma!...
Mas despues sólo Dios sabe...)
Já, já. (Prorumpiendo en una carcajada.)

MART. (Y se rie!...)

GARCIA. Qué grave
ha tomado usted la broma!

MART. Qué? (Otro embrollo!)

GARCIA. Yo le doy
mil gracias por su buen gusto
de evitarnos un disgusto,
pero no hay motivo hoy!
MART. Qué es esto?
GACRIA. (Que viva en calma.)
Ven aquí... Fénix extraño (Á Aguilar.)
de la amistad. Ya el engaño
cese que hiere tu alma!
Aquí no hay tal seductor,
tal dolo ni tal falsía,
ni tu esposa ni la mia
han inspirado su amor.
Ni aquí la paz está rota,
ni hay lance de espada ó sable,
ni ha sido Adela culpable,
ni ha sido infiel mi Carlota!
MART. ¿Pues qué ha sido este embolismo?
ADELA. ¿Qué significa este enredo!
CARL. ¿De qué ha nacido mi miedo?
GARCIA. ¡De un *Jorge* y de un *parasismo*!
Viendo hace tiempo crecer
aquel defecto pequeño
que iba haciéndose ya dueño
del alma de mi mujer,
y temblando con razon
que siendo su juicio escaso,
la llevara á algun mal paso
su loca imaginacion,
y por las ramas subiera
del frondoso árbol vedado,
he creido yo acertado
hacerle un árbol de cera.
Mi amigo y yo, con esmero,
tan bien le hemos construido...
que casi se ha confundido
con el árbol verdadero!
CARL. Ah!
GARCIA. Fingir era forzoso,
su perseverancia amante,
la situacion culminante
del desventurado esposo,

y que ella sintiera el mal
que nace de las pasiones,
dándola las emociones
de una pasion criminal.
Para conseguir tal fin
á todos os confundió;
él sorprender se dejó
escondido en el jardin;
contó á usted su accion odiosa
de ricos detalles llena...
aquí repitió la escena
é hizo temblar á mi esposa.
Y llevando su ficcion
al término deseado,
con su talento hemos dado
á mi esposa esta leccion!...

MART. Es posible!

ADELA. (No lo es!)

CARL. ¡Su lenguaje era fingido!

GARCIA. Aquí el testigo ha caido
del plan... mírale á tus piés?
(Recogiendo el periódico que tiró Aguilar.)

CARL. Qué es esto?

GARCIA. *Los seis amores...*
Y el Jorge desesperado...
«¡Cuántas noches he pasado (Leyendo.)
»al pie de tus miradores!»

CARL. Oh!... ya lo recuerdo bien!
¡Ay de mí, cuánto he temblado
y qué mal rato he pasado!...
¡Hijo, vamos á Bailen!

GARCIA. Tan pronto!

CARL. Sí; yo buscaba
pasto para el alma mia,
sin ver que lo que tenia
era lo que me bastaba;
yo, loca, ofendia á Dios,
á otros locos envidiando,
sin ver que estaba buscando
la desdicha de los dos!

AGUILAR. (Salvé con tal fingimiento
á la mujer por quien vivo...)

(Ap. á Adela con rapidez, mientras Martinez habla con Carlota y Garcia.)

ADELA. (Yo nunca le dí motivo
para tal atrevimiento!)

MART. Yo no podia hacer más!... (En el otro grupo.)

AGUILAR. (Quién no es imprudente amando?) (Á Adela.)

ADELA. (Por eso mismo le mando
que no vuelva aquí jamás!)
(Con entereza y dignidad se aparta de él)

GARCIA. ¿Ya en desear no te obstinas
la vida de otras mujeres?...

CARL. No, no: echaré si tú quieres
de comer á las gallinas;
haré arrope y acitron,
y contenta me verás
sin querer perder jamás
la paz de mi corazon!

GARCIA. Eso es hablar en conciencia.

AGUILAR. Perdone usted mi osadía... (Á Carlota.)

CARL. Perdonado.

GARCIA. ¡Cree, hija mia,
en mi práctica experiencia!
En las santas afecciones
de la madre y de la esposa,
para una mujer virtuosa
hay bastantes emociones.
Ser buena, honrada, sufrida,
y vivir con buena fama,
para Dios, ese es el drama
verdadero de la vida!

CARL. Cuánto te quiero! (Á Garcia.)

ADELA. (Adela á Martinez.) Y yo á tí.
Hasta hoy no lo conocia!

CARL. Yo tampoco lo sabia!

GARCIA. (Á Aguilar ap., señalando á Martinez.)
(Hijo!... estás de más aquí...
da gracias á que él ignora...)

MART. (Id. señalando á Garcia.)
(Agradece que él no sabe!)

GARCIA. (Cásate y verás si es grave
que anden tras de tu señora!...

AGUILAR. (Marchándose por el foro.)

Razon tienes... con permiso...

GARCIA. Ahora!... un abrazo apretado!

(Cada uno abraza á su esposa.)

MART. Por qué?

GARCIA. Porque hemos cortado
El Árbol del Paraiso!

FIN DE LA COMEDIA.

da cenicienta.
una.
del almadreno.
otas.
s del vicio.
inos de viento.
da de Correlargo.
de oro.
del regimiento.
s de mi mujer.
n hijos.
s madres.
del Rey René.
remos.
era de Murillo.
tinera.
ganza de Catana.
quesita.
ela de la vida.
e de Garan.
ve sin piloto.
igos.
lia en el campamento, ó
as de Africa.
iados.
balleros de la niebla.
ala de matrimonio.
re de Babel.
za del gallo.
sobediencia.
ena alhaja.
a mimada.
aridos (refundida.)
imá.
e ojo.
o y mi sobrina.
n Zurbano.
a y María
id en 1818.
id á vista de pájaro.
sobre hojuelas.
res de Polonia.
all ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena
Ted nnos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjur acion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en eusrte.
Una leccion reservada.
Un marido s ustuto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

elica y Medoro
as de buena ley.
al mas feo.
des y enchilladas
eyina la Gitana.
ido y marte.
ro y Flora.
isenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde prodor,
Pascual,
achiller.
octrino.
nsayo de una ópera.
alesero y la maja.
erro del hortelano.
enta y en Marruecos.
eon en la ratonera.
edos de carnaval.
elirio (drama lírico.)
ostilton de la Rioja *(Música.)*
izconde de Letorieres.
nundo á escape.
apitan español.
orneta
nombre feliz.
aballo blanco.
olegial.
iltimo mono.
rimer vuelo de un pollo
re Pinto y Valdemoro.
magnetismo... ¡animal!
alifa de la calle Mayor.
las astas del oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mundo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo:
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Pelinquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi. J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.